JUAN LISCANO

LA GEOGRAFIA VENEZOLANA EN LA OBRA DE ROMULO GALLEGOS

FUNDACION DE PROMOCION CULTURAL DE VENEZUELA
Caracas / 1984

Depósito Legal, lf 84-1.371
Primera edición: 2.000 ejemplares
Portada: Luis Giraldo
Impresión: Editorial Arte, Caracas

PROLOGO

En el principio de su gestión literaria, el paisaje, para Rómulo Gallegos, no tuvo la importancia que adquirió después en novelas como *Doña Bárbara, Cantaclaro* y *Canaima*. Empezó escribiendo ensayos sobre educación y sociología política, luego piezas de teatro *(Los Idolos, El Motor)*, y tan sólo a los 26 años, en 1910, publicó su primera narración titulada *Las Rosas*. En ese cuento, al cual más tarde le cambió el título por *Sol de Antaño*, el paisaje no pasa de ser una anotación en el desarrollo del argumento: "Era un mediodía de agosto; un pesado sopor caía sobre todas las cosas y de todas las cosas brotaba una reverberación ofuscante; de la ebriedad de los campos subía un gran silencio que parecía extenderse a lo largo de la carretera polvorienta, en cuya blanca modorra diluía su quejumbre la esquila de un arreo; rumoroso silencio sobre el cual se erguía, como el dardo vibrante sobre la carne muerta, el agudo estridir de las chicharras, interminablemente. Y ante el cuadro exuberante de vida, ebrio de sol, del cual fluía una virtud mareante y enardecedora que hacía bullir su sangre inusitadamente, Hilario Altares se adormecía siguiendo el hilo del mudo coloquio interno. . .".

Esa descripción corresponde a la de cualquier campo de los valles de Caracas o de El Tuy. Gallegos solía recorrer los aledaños de la capital y también le era familiar la región de Charallave, por residir ahí Teotiste Arocha, la que sería su esposa. Son paisajes vividos. La ardorosa hora tropical preparará el ánimo del lector para los sucesos que acontecerán de inmediato y en los que un pintor, de regreso al terruño tras muchos años pasados en Europa (tema de la fuga y del regreso al campo de honda raigambre en nuestra literatura), se sentirá atraído por una hermosa muchacha criolla que, a la postre, resultará su hija (tema del incesto que se repetirá en su obra).

Entre 1910 y 1919, Gallegos escribió y publicó unos 30 cuentos en los que predominó la crítica de costumbres, las oposiciones de caracteres y los conflictos psicológicos, dentro del marco urbano. En alguna que otra narración hay complacencia en pintar paisajes naturales, la selva nublada en *Los Aventureros*; la bahía de Puerto La Cruz con toques modernistas y preciosistas, en *El Milagro del Año*; alguna pincelada en otros relatos. En cambio sí se empeñó en describir el ambiente amodorrado de las aldeas aplastadas por el sol, los arrabales con niños famélicos y ranchos miserables *(Una Aberración Curiosa, Pegujal, Paz en las Alturas, Estrellas sobre el Barranco).*

Sin embargo hay una excepción, el cuento *Marina* (1919), de un sobrecogedor poder de descripción telúrica. En este relato el personaje principal es la costa arenosa de cardones y tunas, la soledad del paraje, el hervir de la caldereta que encrespa el mar, y como

velado por la mujer, y el vientre del difunto que crece y crece como si fuera a reventarse en un paroxismo de horror. Una aridez de maldición bíblica impera sobre ese paisaje. Tan sólo el vientre del difunto parece contener vida putrefacta y terrible. Famélicos niños juegan en el polvo y tres cabras negras aparecen como personificaciones demoníacas. Este cuento no tiene argumento y, sin embargo, es quizás lo más importante de su obra narrativa en esos años, por su despojamiento, por la intuición del paisaje como ente, como ser, por el "suspenso" creado, situación de vértice que se repetirá en otras obras suyas, en *La Trepadora*, en *Cantaclaro*, en *Canaima*: "A intervalos reposa el oleaje y entonces se oye hervir la espuma en las rompientes, y se siente tierra adentro, el angustioso silencio de la soledad del paraje. . . Es un silencio que asusta; por momento parece que se va a escuchar el terrible grito de un enorme dolor humano".

Se trata de momentos llenos de una como misteriosa existencia a punto de manifestarse de manera terrífica. Cesa toda acción humana. Las cosas son pura presencia y lo humano se detiene como ante una evidencia abismal. La naturaleza existe en sí misma, despojada de toda significación pensada por el hombre. Es lo que es. Y por eso mismo, porque excluye al hombre de ese acontecer, de ese existir crudo y brutal, porque lo extraña de sí, despierta el pavor de los primeros días, cuando el grito —el verbo— nace para espantar el miedo, el misterio, y tratar de matar la creación ingente. El esfuerzo humano consistió en tornar inteligible la naturaleza, en bautizarla para que naciera

a la conciencia, en amansarla, exorcizándola e imitándola. La palabra, en el fondo, mata la cosa.

Fuimos varios los que creímos que *Marina* acontecía en la zona del litoral central, entre Cabo Blanco y Catia la Mar. Pero las valiosas investigaciones de Adolfo Rodríguez, autor de un libro titulado *Oriente en la Obra de Rómulo Gallegos*, editado por el Ministerio de Educación junto con este libro que prologo, precisan el lugar; es en la llanada de Maurica, cerca del estuario del río Neverí. Gracias al trabajo de Adolfo Rodríguez, llevado a efecto con amor y con admirable acuciosidad durante el tiempo que cumplió una función pedagógica en la ciudad de Barcelona, Anzoátegui, ya no se puede ignorar que ese lugar del Oriente venezolano, conocido por Gallegos en 1912, cuando se le nombró en aquella población director del Colegio, y pasó ahí tres meses, inspiró muchas descripciones suyas de suelos inhóspitos y aspérrimos, de lugares desolados, de playas arenosas con tunas y cardonales, de sitios sobre los que parecía imperar un castigo del cielo, de ciudades muertas de las que huyen los más capaces, de aguas desviadas para provecho de caudillos, de tiempo detenido. Reinaldo Solar morirá en los bosques de cardones del litoral de Maurica. La ciudad detenida de *El Forastero*, tendrá una casa fuerte en ruinas, como Barcelona, y los estudiantes rebeldes sufrirán el presidio en una antigua casa de aduana abandonada. Es la que se mira en la desembocadura del Neverí.

La investigación cumplida por Adolfo Rodríguez no sólo es de primera importancia por cuanto precisa sitios que aparecían en determinados textos de Galle-

gos, como inventados, como lugares simbólicos de ruina y desolación, sino también porque demuestra una vez más que Gallegos creó siempre fundado en la realidad, la cual, en estas tierras de grandes espacios vacíos y vírgenes, puede resultar más maravillosa que cualquier imaginación literaria. Paisaje y hombres, en la obra de Gallegos, tienen sustento en la realidad venezolana, de manera constante y general. Como Neruda, Gallegos hubiera podido afirmar: "Dios me libre de inventar nada". Y es que en la selva, en la llanura, en los territorios vírgenes, entre explosiones de verdor y presencias animales, en los altiplanos de niebla y luz mineral, en los litorales quemados por el sol, lo sobrenatural, como una aparición del paisaje inhollado, parece tomar residencia y estar siempre ocupando la escena. La realidad descorre velos, descompone su presencia en espejos de magia, la realidad que es el paisaje y que son los hombres. Porque la hazaña humana, agónica en medio de la naturaleza devorante, tiene también una proyección sobrenatural. Son doña Bárbara, Marcos Vargas, Juan Crisóstomo Payara. Es Hermenegildo Guaviare, el que de un disparo señaló su hora, clavándola en el reloj de la torre de la iglesia el cual se detuvo desde entonces. Y ese poder del paisaje, ese existir de los hombres a punto de ser devorados, constituye lo real maravilloso de la aventura americana.

•

El paisaje de la costa barcelonesa ha cambiado sustancialmente, en el curso de los años que median entre

1912, fecha en que lo conoció Gallegos por primera vez y en que nutrió su creación, y los días actuales. Playas enteras han sido cubiertas por urbanizaciones. Puerto La Cruz de aldea de pescadores se convirtió, mediante una refinería petrolera, en el primer centro urbano de la región. El Morro fue destruido en parte para cubrir con el ripio que lo formaba las bases para una carretera. Por otra parte, Barcelona perdió su aspecto colonial para dar paso a esas construcciones modernas en forma de cajón o de caja de fósforo de concreto. El Neverí perdió caudal como puertos y vegetaciones. Sin embargo la sabana de Maurica persiste, las ruinas de la vieja aduana emergen entre las malezas y la torre de la Iglesia de San Cristóbal ostenta el reloj que Guaviare había detenido de un tiro.

Entre la región de Charallave en 1909 y la de los tiempos que corren se operaron también transformaciones profundas. Desaparecieron las haciendas de café, paisaje de *La Trepadora*, y el pueblo creció destruyendo las características que Gallegos señala en el libro antes mencionado. También el Valle de Caracas dejó de ser el que miraba el joven Gallegos, desde la Silla o bien el que recorría sólo o con sus compañeros, en búsqueda de esparcimiento, comunicación con la naturaleza y apuntes para sus primeras narraciones. El cemento cubrió como una costra las haciendas de caña, los cafetales, los bosques de bucare, las huertas y labranzas en las márgenes del río Guaire el cual se convirtió, como los arroyos que bajaban de la montaña, en una cloaca pestilente y barrosa. El progreso va unido, desgraciadamente, a la destrucción compulsiva de la fauna

y de la flora. Los ríos pierden su caudal de agua. Los manantiales se secan. El desierto es la cara secreta del desarrollo urbano; el desierto físico y psicológico, como en la obra de Beckett, parecido a un mundo sublunar de grietas, huecos y arenales poblado por semihombres andrajosos. Para quienes conocimos esta ciudad, este valle, antes de la explosión demográfica y urbanística, no puede haber mayor extrañamiento y nostalgia que comparar aquella pequeña urbe rodeada de vegas y bosques, aquellas casas con patios y jardines interiores, con la actual metrópoli congestionada de tránsito de vehículos, gentes, ranchos miserables en los cerros, andrajos, basureros interminables y edificios llamados funcionales donde la gente vive apretujada y presionada por ruidos agresivos, malos olores y una comunidad nunca buscada. Pero es sabido que el crecimiento demográfico y el progreso material de nuestra civilización no liberta sino enajena en una forma cada vez más irremediable y angustiosa.

El profundo sentimiento de la naturaleza que abrigaba Gallegos, el gusto por el paisaje del Valle de Caracas donde había nacido, inspiraron emocionadas descripciones en *El Ultimo Solar* y *La Trepadora.* En particular, sobresalen las páginas de una ascensión a la Silla de Caracas, en la primera de estas novelas, así como los paisajes de haciendas y trapiches, entre Caracas y Petare. En *La Trepadora* abundan descripciones de cafetales en la región de Charallave. Gallegos se sintió atraído por la presencia del paisaje y de la naturaleza, desde los inicios mismos de su gestión literaria. Encontró en el valle natal, en las vistas desde

las cumbres de El Avila y el Pico de Naiguatá, materia para su inspiración y su sed de espacios abiertos, de geografía lírica y real. Cuando Reinaldo Solar, desde la cima de La Silla, ve amanecer sobre un vasto paisaje que por un lado abarca el mar y por el otro, el valle, la ciudad y los campos regados por El Tuy, se transfigura en una suerte de delirio poético, siente la patria con intransferible pasión y cree alcanzar una verdad. Es el sentimiento creador del hombre solo frente a la naturaleza, cuando las palabras sobran y parece que cesa la distancia entre lo que se ve y el que lo mira. Se establece una identidad entrañable y brota de esa comunión religiosa, la belleza. El hombre renovado y potenciado se depura y es uno con el paisaje.

Antes de adentrarse en el llano, los paisajes del valle caraqueño, las serranías circundantes, brindaron a Gallegos inspiración telúrica y vibración. Se aprestaba a medirse con próximas realidades geográficas mayores.

•

En la Semana Santa del año de 1927, Rómulo Gallegos viajó por primera vez a los Llanos. Quería documentarse para una novela en ciernes de la cual los primeros capítulos habían formado el novelín *La Rebelión*, publicado en 1922. Uno de los títulos escogidos para esa obra en gestación era: *La Casa de los Cedeño.*

El novelista llegó a San Fernando de Apure y luego pasó unos días en el Hato de la Candelaria. Venía ya cargado de una intuición creadora urgente. El con-

tacto establecido con la realidad del llano le sacudió profundamente. Regresó a Caracas grávido de una nueva obra. En vez de la que proyectaba escribió en 28 días de apasionado trabajo ininterrumpido otra novela a la que tituló *La Coronela.* Había nacido la primera versión de *Doña Bárbara.* El 15 de febrero de 1929 aparecía en Barcelona esta última novela. Con ella Gallegos ingresaba al campo de los escritores triunfantes.

En *Doña Bárbara*, como después en *Cantaclaro* y en *Canaima*, el sentimiento de la naturaleza bravía, indómita, primordial y la descripción de esa realidad geográfica alcanzan un vértice y autorizan el criterio generalizado, pero no exacto, como se vio, de que el paisaje es el principal personaje de la obra de Gallegos. De novelista urbano, pasó a ser novelista de la naturaleza. De narrador psicologista se convirtió en poeta. Las descripciones de paisajes llaneros tienen grandeza y lirismo contagiosos. Es el hombre solo en estado de meditación frente a la naturaleza virgen. El espacio y el tiempo se vuelven llanura como en *Canaima* se volverán selva. Lo escrito por Gallegos, en esas páginas descriptivas de *Doña Bárbara*, constituyen tomas de conciencia telúrica y los venezolanos, en la creación recreada por el artista, pudieron ver sin zozobra el paisaje de una región que, más que ninguna otra, influyó en el destino de la patria. El lenguaje de Gallegos, en esos trozos magistrales, adquiere una vibración y una plasticidad que se le desconocía. En párrafos a la vez de ancho aliento y apretado idioma, con la metáfora en punta, impone la contemplación

de esa tierra "toda horizontes" y "toda caminos", con sus amaneceres frescos y sus crepúsculos de colores calientes, con sus temporadas de lluvia y de sequía, con la gente que doma potros, trabaja en los corrales, reza y canta. Leyendo *Doña Bárbara, Cantaclaro, Canaima*, se cumple la advertencia de Domingo Faustino Sarmiento, cuando escribía en *Facundo* que "si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales".

Si *Doña Bárbara* es el llano del centauro, *Cantaclaro* es el del payador. En *Doña Bárbara* todo es precisión, trazo firme, dibujo acabado, detalle, contorno, referencia, traducción fidelísima. En *Cantaclaro* las cosas se esfuman, se vuelven borrosas, imprecisas, difusas, todo parece inventado, imaginario, irreal, fantasmagórico, remoto. Lo que sucede, en *Doña Bárbara*, está a la vista, directamente. En *Cantaclaro* el paisaje parece reflejado en un espejo. Si en *Doña Bárbara* el llano es acción, existir crudo, ingente; en *Cantaclaro* es reflejo, fábula. De ese modo Gallegos escribe la novela del llano real y la novela del llano de los espejismos.

En *Canaima*, la selva es una fascinación, como el mar. El hombre se hunde en ese verdor asfixiante como si quisiera regresar al útero materno, para nacer de nuevo y ser un nuevo Adán. Tal es la aventura insólita de Marcos Vargas. Tal es la selva para él. Tal es su secreto esfuerzo, su agonía. Medirse con la na-

turaleza, en un rescate inmenso de sí mismo; descubrir su estatura prometeica; ser el Fundador.

Conviene señalar que los paisajes del llano y de la selva aún no han cambiado. Puerto Ordaz es un punto en el Territorio Amazonas. La represa de Guri otro. Pero ésta prepara el nacimiento de las ciudades del futuro, cuando ya no puedan más medirse los hombres con la naturaleza, como Marcos Vargas. Mientras tanto el llano sigue igual a sí mismo, igual a como lo descubrió Gallegos en 1927. Llano y selva le ofrecen todavía al venezolano la posibilidad de sentirse solo, de hacer silencio, de meditar en el seno de lo creado. Dominado por esa creación y dueño del verbo, Gallegos tuvo la intuición de un Nuevo Mundo, nacido del diluvio universal del Orinoco, el río padre.

Una vez escritas estas tres grandes novelas, Gallegos no volvió a cantar el paisaje como lo había hecho. En *Pobre Negro* éste constituye un discreto telón de fondo para un planteamiento político-social. Después son pinceladas, estampas decorativas, que ya no tienen nada en común con las arrebatadas y arrebatadoras descripciones del llano y de la selva.

•

La naturaleza, en nuestras tierras, no ha sido todavía enteramente domesticada. Ello se advierte por poco que se salga de las ciudades o que por encima de éstas se miren las vastas extensiones que las rodean. Entre Caracas y el mar hay una sierra con serpientes, carnívoros, armadillos, pájaros de todos los colores y tamaños, zorrillos, monos, selvas nubladas y riscos. Las

ciudades y sus culturas no conforman aún de un todo la realidad hispanoamericana. Es preciso comprenderlo. Las obras de la civilización van matando lo absolutamente vivo, van destruyendo el misterio vital, la magia del puro ardimiento, la virtud aterradora del total existir en sí mismo, del paisaje, fuera el hombre o en contra de él. Esa visión del ser terráqueo obliga a salirse de las introspecciones, de los juegos verbales, de las seguridades racionales. En cuanto el hombre se borra del paisaje y éste asume todo su existir, empieza el Génesis. Se regresa a los moldes originales, al silencio viviente, a la energía, a la pura presencia de las cosas que existen en sí mismas, que son lo que es. Se regresa a la realidad. Y ese encuentro propicia el cambio interior, la intemporalidad, el volver a ser un brote del mundo. Frente a estas imágenes, cuando no aparecen las obras del hombre, ante los ríos solitarios, la llanura, la floresta enmarañada, la montaña, se puede purificar el pensamiento y sentirse el lector más fresco, más libre, más joven, más dueño del espacio y de sí mismo.

JUAN LISCANO

AUTOBIOGRAFIA

La primera infancia. El canto del cucarachero caraqueño en el caballete del tejado fue el primer mensaje que le envió al niño, sentado en el suelo del patio, la belleza que le adornaba su tierra. El trino alegre y el olor sabroso del jazminero a cuya sombra estaba, tal vez tratando de contarle los pétalos a la bonita flor... Hace mucho tiempo que no oigo el canto del cucarachero en el tejado y temo que ya no sea de buen gusto tener jazmineros en los patios; pero si de nada que sea progreso debemos lamentarnos, la sentimental situación en que me encuentro puede permitirme que, echando de menos la Caracas de mi infancia, con mucho de pueblo grande apenas y mucho de campo en los patios y corrales de sus casas y hasta en sus calles, entre cuyos empedrados crecía la hierba, la traiga a mi memoria con nostalgias desde ésta de ahora que viene reemplazándola, con presunción de rascacielos, laberinto de tréboles, tránsito aturdidor y lenguas extrañas por sus calles y en sus plazas. Mi ciudad natal, caraqueñamente provinciana y romántica, con sus noches de música que en sus esquinas le ponían los pianitos de los inmigrantes napolitanos para com-

pletarse las laboriosas jornadas de fruteros ambulantes por las mañanas y de peroleros marchantes por las tardes, mientras, entre días, a Venezuela le estaban dando hijos ya venezolanos... Ahora no viene el inmigrante italiano con el organillo a cuestas y ojalá no sea transitorio trasplante para aventurero disfrute de la danza de los millones, sino para siembra permanente de nueva y mejor venezolanidad; pero a aquel musiú *del pianito buen recuerdo le debemos los niños y aun los jóvenes de entonces.*

Le quedan casi apenas a mi Caracas de ayer su Calvario y su Avila. Bajo los árboles del primero fueron nuestros retozos de infancia y luego nuestras melancolías de adolescencia. Los rojos tejados que ya habían subido a verso en canto sentimental de vuelta a la Patria, los bucarales en flor, ya literarios también, en el cinturón de haciendas de café, las azules lejanías y el empinado monte. Salidas del amor naciente a los caminos del ensueño —que no se sabe nunca a dónde llevarán ni interesa averiguarlo— e invitación a escalar alturas. ¿Será necesario que yo agregue que soy también una hechura de mi paisaje natal?

Pero desde las cumbres del Avila —entonces sin teleférico economizador de esfuerzos saludables— tendí miradas contemplativas sobre más ancha tierra. Le escuché el vasto silencio, le conté los escasos pueblos, le compadecí los caseríos aislados y desventurados, le sufrí a los cerros quemados las negras llagas de fuego. Y sobre la loma ventosa de la Silla de Caracas y en los recios picachos de Naiguatá me cultivé con dolor de Patria propósito de serle útil, no sólo con el cuidado

de las letras que a sus angustias y a sus esperanzas dedicara, sino también con la acción exigente que yo pudiera atender....

(Alocución ante el Concejo Municipal cuando fue proclamado Hijo Ilustre de la Ciudad de Caracas - 1958.)

EL AVILA Y VALLE DE CARACAS

LA CIUDAD Y EL MONTE

De las barrancas, en la tranquilidad de la tarde, subía el monótono canto del sauce, ululaba el viento sobre las lomas y por entre los enjutos arcaduces del monte. En su recinto de colinas azules, la campiña, joyante al capricho pintoresco del sol de los araguatos; sobre el claro ocaso la silueta de la ciudad: cimeras de chaguaramos, geométricos perfiles de cipreses y araucarias, distantes, dos cúpulas gemelas; una ceja de monte en la brusca fuga del abra. Sobre el panorama, altanero y jarifo, el Avila en reposo.

(El Apoyo.)

* * *

El paisaje eran formas serenas y nombres ilustres, colores brillantes y memorias imperecederas. El Avila, Bello Monte, los cafetales del fruto en sazón... Las huellas de Humboldt en el orgullo de la cumbre empinada y en la gracia de la colina tierna, la obra del Padre Mohedano sazonando su esencia cordial a la sombra nemorosa de los bucares. Los cañaverales acendrando sus mieles, ya doradas en el rayo tendido del sol; el carro de bueyes por los callejones bordados de

sauces pensativos y el viajero emocionado escuchando

apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.

Los chaguaramos altaneros, arpa del atardecer el penacho de las plumas quietas, con trinos de chirulíes y rajeos de azulejos; los gigantescos mijaos, bosques de ramas para los nidos de todos los pájaros del valle; los torreones de los trapiches dando su humo laborioso al aire descuidado. Acaso cantares de esclavos en el corte del tablón, con dejos de memorias que buscan recuerdos perdidos. De rato en rato, olor de melado que endulza el viento suave; de trecho en trecho rumor de acequias... La algarabía de la atardecida vuelta de las guacharacas y el silencio de los boscosos cangilones, por donde a saltos venía bajando el Sebucán. El franciscano reposo del monte, tendida la estameña del crepúsculo, beata la paz de las cumbres de la Silla de Caracas... La melancólica evocación del indio, despojado señor de aquellas tierras, que conservan las palabras, guaruras caídas en la derrota: Chacao, Petare, el rumoroso encuentro del Aurimare con el Guaire que alimentó el Macarao... La sorpresa siempre emocionante de La Cortada traspuesta: cumbres, lomas, laderas, quiebas y hondonadas, lejanías azules y esa serenidad religiosa en que se sumergen las montañas para el encendimiento de las estrellas, honda hasta el rumor del agua que corre allá abajo, tierna en el piar fugitivo de los pájaros que vienen recogiendo el vuelo, dulce como una tristeza que diera la felicidad...

(Las Vacaciones del Humanista. Pobre Negro.)

HACIENDAS Y TRAPICHES

Por la ventana abierta, el campesino amanecer iba esparciendo dentro del cuarto, junto con su hálito generoso, su turbia claridad. De los contornos venían ecos de labor madrugadora: voces del gañán que buscaba por entre los tablones el buey cerrero que en la noche se soltó, mugidos de vacas en el ordeño, palabras aisladas en el silencio, el trabajoso rodar de un carro tempranero por los callejones, el sordo rumor de la molienda nocturna, allá en el trapiche. A ratos oíase el griterío de las bandadas de pericos que empezaban a salir de la montaña. Cantaban los gallos: a una bronca clarinada próxima respondía, más allá, otra, clara y vibrante, y otra a lo lejos, apagada y quejumbrosa, como un ayear.

. . . Un reborde de luz corría por detrás de los montes haciendo resaltar la cresta de Los Picos de Naiguatá, las lomas rotundas de La Silla, la línea ondulante de las serranías del sur, y en el abra próxima donde El Avila sumía sus últimas estribaciones, un alba sin arreboles se iba levantando y encendiendo. Abajo, en la noche remisa del valle, blanqueaban los cañaverales de "Los Mijaos", en torno a la sombra

vigilante del torreón del trapiche, en cuyo extremo se alzaba un fantástico árbol de humo. En los ranchos comenzaban a brillar los hogares.

. . . El aire sereno del amanecer comenzaba a removerse, oloroso a tierras recién volteadas, a estiércol refrescado al relente de la noche, a bagazo rezumante todavía, y a ratos traía, envuelta en un áspero tufo de alambique y de cachaza, la caliente fragancia de melado que hervía en las pailas de la oficina, o de la montaña cercana el olor agreste y sabroso del matorral serenado.

. . . anduvo a través de los campos de la hacienda, cruzando los rastrojos, de donde se levantaban a su paso bulliciosas bandadas de capanegras y de tordos, saltando por encima de los tablones recién surcados, metiéndose por entre los cañaverales, evitando el encuentro de la gente que discurría por los callejones, para saborear a solas el interno deleite de exaltadas imaginaciones. Luego remontó el cauce de un arroyo que bajaba del monte, trepando descalzo por las piedras bruñidas por las chorreras, hasta un paraje sombrío donde había un ojo de agua.

Manaba ésta en el cuenco de una roca revestida de musgos y de helechos; grupos de bejucos colgaban de los altos y coposos árboles que tendían por encima un toldo de frescura y de recogimiento; atravesado en el cauce pudríase el tronco añoso de un jabillo derribado, y por debajo de él, la hebra del arroyo se deslizaba con un ruido suave hacia un remanso obscuro. El ambiente era frío y denso a la luz tamizada por el follaje, tenía tonos verdinegros; más allá, cauce

arriba de la seca torrentera, lucían manchas de sol en los claros del bosque. Un suave rumor nocturno de élitros en las espesuras marcaba el ritmo apacible de aquel silencio lleno de solemnidad y de misterio.

(I.—El Ultimo Solar.)

PUEBLOS: LA VEGA

Del pueblo mismo, recuerdo vagamente un gran silencio, una quietud inefable en un mediodía ardoroso; la plaza sola, las calles solas y en todas partes el sol; un chorro de agua tibio fluyendo de la alcantarilla, dentro del cántaro de alguien que quizás esperaba al lado; en algún corredor alguno que dormitara; tal vez algún perro, al arrimo de una pared en la sombra exigua y caliente del alero, durmiendo; dentro de los zaguanes, probablemente un monótono zumbido de moscas... Y quién sabe qué más, impreciso... Torpe impresión de siesta, de marasmo, que me llevé como único recuerdo del pueblo, de cuya vida tenía derecho a dudar luego, porque no la había visto.

(Una Aberración Curiosa.)

* * *

A la entrada del pueblo un caserío desparramado sobre el terreno sequizo: sórdidos ranchos de techumbre de paja entre cercados de tunas y cardones. Circulaba por allí gente desaparrada, en la tierra escarbaban animales y muchachos en hambrienta camaradería.

En las empalizadas secábanse lamentables harapos; en los interiores, diverso trajín e idéntica miseria: aquí una mujer que lavaba batiendo ruidosamente los trapos percudidos, contra las piedras del embostadero; allí otra que, arremangada, amasijaba el pan con rápido movimiento de las manos; a veces una que se entretenía en hurgarle los piojos a una muchachita de cabellos hirsutos, como un haz de chamizas; o una que, más desocupada, sentada a la puerta del cubil, hablaba hacia dentro a alguien que no respondía, dando la impresión de que hablase a solas. Entre todos los oficios, esta holganza era lo más frecuente; en casi todos los bohíos había gente ociosa, sentada a la sombra exigua de los aleros o en los escaños de las puertas, mano sobre mano y la mirada hundida como en una suprema abstracción dolorosa. Y este sinquehacer de la absoluta miseria condensaba en los interiores un ambiente de paz imperturbable.

Más adelante comenzaba el pueblo, propiamente. Predominaba el ocre en la calle sin empedrar y en las fachadas de las casas inconclusas y de las que nunca serían concluidas, por los huecos de cuyas puertas y ventanas entreveíase un cielo de añil crudo o trozos de un paisaje que adquiría, por la virtud del marco, un prestigio singular.

(La Encrucijada.)

PETARE

Una torre pintarrajeada de rojo, cuatro airosas cimeras de chaguaramos y un conjunto irregular de tejados patinosos, componían sobre un fondo de cielo resplandeciente, la pintoresca silueta del pueblo, encaramado sobre un cerro de poca elevación que dos ríos bordean en el encuentro de sus aguas. "... dobló por una calle empinada y angosta, en cuyo empedrado antiquísimo crecía la hierba. Viviendas de amplios portones con batientes claveteados, descalabradas y patinosas fachadas, ventanas herméticas con rejas de madera torneada, algunas, y anchos aleros casi todas; conservaban en algunas partes el aspectos colonial y en los interiores silenciosos, que sugerían cierta sensación de soledad y abandono, veíanse patios floridos y adivinábase ese ambiente inefable del crepúsculo doméstico en las casas viejas. Por las callejuelas discurría poquísima gente; en la plaza de la iglesia la sombra caía de los altos árboles en medio de una paz que no turbaba un ruido...

(Reinaldo Solar. Primera Jornada. IV.)

LA CIUDAD DE LOS TECHOS ROJOS

La primera impresión que le produjo Caracas sólo podía expresarla Victoria, como lo hizo, lanzando aquella interjección peculiar de los Guanipas, cuando al trasponer el Portachuelo vio aparecer ante sus ojos, acostumbrados a la pequeñez del poblado, la ciudad tendida a las faldas del Avila majestuoso, cubriendo una extensión que tenía que parecerle inmensa, con sus rojos tejados entre los cuales surgía, aquí y allá, la verde fronda de sus plazas y de los jardines de sus patios y corrales, con sus calles largas que iban a morir al pie del monte y las torres y cúpulas de sus templos, toda ella envuelta en una como dorada aureola que le formaban los rayos sesgados del sol de la tarde.

Mas, pasado el monumento de Carabobo, la animación del tráfico de automóviles, que allí comenzaba a ser mayor, la fue distrayendo poco a poco, y cuando el coche cruzó hacia el puente, el espectáculo del paseo, imponente para ella, y verdaderamente animado y pintoresco, acabó de cultivar su mente. La doble y continuada hilera de vehículos que se deslizaba lentamente a lo largo de la avenida, el lujo de las mujeres que iban dentro de ellos, apreciado en todos sus pormeno-

res, con esa visión rápida y certera que para tales cosas tienen las mujeres, la ilusión de gran ciudad que todo esto daba y, por añadidura, el encanto de la tarde sobre el paisaje: la maravilla de color y de armonía del Avila, limpio y vigoroso el trazo de sus cumbres sobre el azul purísimo del cielo, arrobadora la belleza de aquellas líneas con que iban muriendo las lomas en la serenidad del valle; la dulzura de la luz sobre las vegas silenciosas; la paz de los sauces escoltando al río.

ASCENSION A EL AVILA

La ascensión fue penosa. El sendero se empinaba, intransitable, por un terreno resbaladizo que se desmoronaba bajo las plantas, cerro abajo; luego, por entre los tupidos y pendientes arrezafes, cuyas ásperas ramas azotaban y rasgaban los rostros; por inverosímiles cuestas de rocas cubiertas de helechales rastreros, desamparados de sombra, caldeadas por el quemante sol de las alturas; por vericuetos inaccesibles, en los cuales medraba una vegetación sequiza que sugería y acrecentaba la sensación de la sed.

Al mediodía, ya en la fila, hicieron alto para almorzar en un sitio apacible y fresco. Era un vallecito rodeado por todas partes de topes roqueños y cubierto por un césped de verde tierno, bajo el cual se escondían pequeños cilancos de un agua pura y fría. A un lado había un carrizal; en el centro, un arbusto solitario, de tronco ennegrecido y hojas lucientes y quebradizas que daban un suave olor de incienso. En aquel sitio, parecía condensarse la soledad y el silencio de las alturas en una paz honda, que llenaba el espíritu de vagas melancolías.

—En marcha, en marcha —y emprendió la subida de la cuesta que remataba en la fila.

Caminaron largo rato por ella, entre las brumas que se levantaban de la parte del mar, arropando los roquedales, deslizándose por las laderas, envolviendo toda la montaña en sus velos desvanecentes, a través de los cuales, en paradojas de perspectivas, las cosas cercanas parecían enormes y distantes. Iban por el filo de la serranía siguiendo un vago sendero que apenas se marcaba entre la vegetación rastrera de las alturas, compuesta de frailejones y matojos de hojas extrañas y de vivos y variados colores, y que a cada paso desaparecía en las eminencias formadas por aglomeraciones de piedras sostenidas en absurdos equilibrios, o por rocas enterizas, de un vago color rosa o verdusco, limpias de aristas y dentellones, como si el perenne y suave rodar de las neblinas las hubiese aromado.

Al atardecer llegaron a una plataforma rodeada de grandes masas de rocas que la guarecían de los vientos cumbreños. El suelo estaba formado por una greda blanquecina, sembrada de numerosos hoyos de escaso diámetro que parecían huellas de animales que anduviesen en bandadas, y en el fondo de las cuales se empozara el agua de las nubes rastreras. Las piedras, de un tono verdoso, manchadas de líquenes planteados, tenían inscripciones que daban constancia de cuanta gente anónima visitara el sitio, y en las espeluncas, que formaban en su aglomeración ciclópea, veían restos del fuego encendido por los excursionistas que habían pernoctado en ellas.

Con la puesta del sol reposó el viento que ululaba entre los filos de las peñas, arriando la neblina, y al descorrerse el blanco cortinaje, surgió la montaña, fantástica, imponente. Una luz dorada resplandeció un momento sobre los Picos; luego se deshizo en suaves tintas violadas; lució después el verde espectral de las cumbres musgosas, el azul delicuescente del anoche-checer de las alturas, la claridad fantasmal de la luna.

Así pasó toda la noche, arrullado por la monótona conversación de los peones que velaban en torno a la fogata. Cuando la luna llena rozaba el borde sombrío de La Silla y empezaba a verse las últimas estrellas de la noche, abandonó la gruta donde estaba guarecido, gritando a Ortigales:

—¡Arriba! ¡Arriba! Que nos coge el día.

Ortigales surgió de su guarida, tiritando de frío y se acercó a la lumbre donde ya los peones calentaban el café.

Luego se pusieron en marcha, precedidos por Reinaldo, que tenía prisa de llegar al Pico antes que saliera el sol, atravesando tupidos bosquecillos de carrizos emparamados, trepando por las escarpadas de los peñascos que formaban tortuosos laberintos.

Coronado el Pico, esperaron el amanecer en silencio, de pie sobre la roca sin atreverse a turbar la augusta serenidad de las alturas. Abajo, en el mar, un místico sendero de plata se extendía sobre las aguas dormidas y obscuras, hacia el ocaso lunar; de arriba, del polvo luminoso de las constelaciones caía sobre la montaña una turbia claridad; en los confines del mar comenzaron a encenderse vagos carmines; luego

el alba empezó a mover, tras el horizonte, sus maravillosos espejos: primero, un reborde de luz sobre una ceja de monte lejano; en seguida, un jardín de arreboles cambiantes; de súbito, un chorro de oro, ¡y al fin, el sol!

Ortigales dió un grito: a lo lejos, en el mar, sobre el cielo, la silueta del pico proyectaba un triángulo de sombra.

Reinaldo exclamó, maquinalmente:

—¡Cállate! ¡No hables!

El compañero lo vió transfigurarse, como un iluminado. Sus ojos atónitos recogían la belleza esparcida por el mundo. De un lado, el mar era un inmenso esmalte azul, en cuyo desvanecente confín de suaves amaneceres reposaban vagas sombras violáceas de remotos islotes, como ballenas dormidas hasta el alba; del otro lado, las tierras: los riscachales de la ríspida cresta de Naiguatá, sembrada de rocas sueltas que hacían pensar en el fragor de gigantescos desmoronamientos; el dromedario colosal de La Silla, parado en su marcha hacia el valle de Caracas, con una resplandeciente gualdrapa sobre las gibas; la montaña toda desperezando en la luz su nervura formidable, cortada de abismos vertiginosos, áspera en los fragosos peñascos de los voladeros, suave en las laderas tendidas que bajaban cubiertas de raso joyante de los pajonales, arregazando la felpa azulosa de las hondonadas, dentro de las cuales la voz de los torrentes formaba ese fondo rumoroso de los grandes silencios de las montañas. Abajo, en las faldas, suaves lomas y quietas llanadas, surcadas de senderos, moteadas de culti-

vos; el valle, en el fondo, cubierto de grumos inmóviles que parecían rebaños dormidos; más allá, las cordilleras de colinas que se metían, tierra adentro, azules, con toques de sol, como un escarceo de otro fantástico mar; los grupos de pueblos y caseríos, pequeños y dispersos a grandes trechos, en los vallecitos por donde iba el alba saltando; la remota franja de dorados celajes de llanuras que cerraban el horizonte... ¡Todo el paisaje de la tierra natal, que es una embriaguez de luz y de color!

(V. Primera Parte. El Ultimo Solar.)

EL LITORAL

BOQUERON

La carretera iba faldeando unos cerros empinados frente a otros cerros áridos y rojos, barranco por medio, por cuyas laderas peladas veíanse, bajando a recogerse a los corrales de palizadas de cardón, numerosos rebaños de cabras. El sol comenzaba a ocultarse detrás de otra serranía distante, apenas entrevista a través del humo de las rozas que ardían en sus flancos, y sus rayos, de un amarillo rojizo, bronceaban aquí una loma, allí el destellón de una roca, allá una ladera tendida. A trechos, entre camburales, ranchos de techumbre pajiza y otros en la plena aridez de la tierra desamparados de toda sombra. En la carretera, más cabras, trepándose a los taludes al paso del auto. En el fondo, los cerrajones de Boquerón. De pronto, el mar.

Ahora la carretera iba faldeando unos cerros feraces, poblados de cafetales, frente al abierto horizonte marino. Ya empezaban a verse las costas ribeteadas de espumas en las rompientes y la blanca cresta de Cabo Blanco, sembrada a trechos de matojos obscuros, resplandecía bañada de sol. Otra vez los cerros rojos, allá bajo los cocotales y luego, retrepando sobre las

faldas áridas del monte, junto al mar azul, el caserío de Maiquetía y más allá La Guaira, con su rada llena de embarcaciones de vela y sus muelles negros y desiertos.

Sobre el mar agitado por el viento de marzo blanqueaban grumos de espuma en las crestas de las ondas y al caer de la tarde el agua tomaba tonalidades violáceas.

Mañana de sol y de brisas marinas. El balneario tiene la alegría de un palomar. Los trajes blancos de los temporadistas que aspiran el aire yodado a la sombra de los almendrones; el blanco vellón de espuma que va carmenando el alegre viento marcero sobre el mar azul, bajo el claro sol; las velas de las embarcaciones que salen del puerto o navegan hacia él; las palomas del parque que han salido todas a volar. La brisa peina el cocal sonoro, mece el follaje rumoroso del laurel y por las faldas del monte trepa, levantando tenues neblinas resplandecientes, hacia el Picacho abrupto: la luz brilla en la hoja del uvero y en el cristal de la ola al reventar y la ola se abre, a lo largo de las rompientes, con un ruido suntuoso de sedas que se rasgan. El alcatraz insaciable acecha en vuelo cernido, se lanza de pronto tras la saeta del pico, se sumerge, engulle y remonta de nuevo, batiendo las anchas alas para pescar más allá; pasa un grupo de bañistas, sombrillas, rostros frescos, risas alegres. El balneario tiene la alegría de un palomar.

Victoria ha logrado que la abuelita consienta en dejarla salir sola con Nicolás. Lleva un traje color de llama; él confiesa que no le había parecido tan bonito

la noche anterior. Caminan a pasos largos, ella va contando cosas de Cantarrana y él no tiene tiempo de hablar. Ya han recorrido las calles de "La Guzmania", entoldadas bajo el tupido ramaje de los matapalos; trasponen el río, de pedregoso cauce amurallado, por un puente angosto, como una pasarela; atraviesan el Parque donde el viento suena sin pausa, y salen a la alameda frente al mar.

El mar está lleno de espumas y de velas. Las espumas no se mueven, pero las velas corren, hinchadas, bajo el viento largo. Unas van, otras vienen. ¿Cómo pueden navegar en tan opuestas direcciones, bajo un solo viento? ¿Por qué permanecen en el mismo sitio los blancos copos de que está sembrado el mar, si éste corre hacia el poniente, como un gran río?

(Tercera Parte. La Trepadora.)

PLAYA DE MAIQUETIA

La víspera de la partida, en la tarde, iban por allí siguiendo un sendero abierto entre los uveros, que más adelante se borrara sobre los bruñidos guijarros que la resaca amontona a lo largo de la costa.

Tras del cabo, el resplandor de la puesta de sol; a lo largo de la costa solitaria, el fragor del pedrusco arrastrado por la resaca, enorme, abrumador.

El agua infinita y resonante se movía bajo el ala del viento, y todo el mar parecía correr hacia el poniente, contra cuya viva lumbre destacaban sus mástiles desnudos dos barcas que estaban al paiso, cerca del Cabo. Reinaldo tendió las miradas sobre la ancha faz del mar. ¡Ni una vela en el horizonte! ¡Ni un rumbo marcado en aquella desolación de infinitos! ¡Ni una actividad que no fuese el atormentado vaivén de las fuerzas que se han quedado, encadenadas dentro del colmo de las medias! ¡Tan sólo aquellas dos barcas cuyos mástiles trazaban sobre el crepúsculo los signos vacilantes de los destinos detenidos!

(Reinaldo Solar. Segunda Jornada. XII)

RANCHO MARINO

Era en el rancho de un pescador, que retorcidos uveros abrigaban del viento marino una pequeña ensenada de la costa. Angosto litoral abrupto donde las olas venían a morir contra el flanco mismo de la empinada y carbonizada montaña, después de haber reventado en espumas fragorosas contra una cordillera de riscos siniestros, rocas desprendidas de aquélla en algún cataclismo inmemorial. Ensenada triste y costa de desolación, propias a la melancolía del convaleciente.

(La Capitana. Pobre Negro.)

CAMPOS DE BARLOVENTO Y DEL TUY

CACAOTALES

Víspera de San Juan... En los cacaotales de "La Fundación" los esclavos trabajan con ahínco.

Escardillo y machete de rozar no tienen descanso en las manos afanosas; pero ninguno trabaja tan contento como *Negro Malo* porque mientras la filuda herramienta que maneja su fornido brazo va dejando el campo limpio de matojos, su pensamiento se complace en las malicias que ha compuesto para el tambor de San Juan.

Ya los rayos del sol caen a plomo por entre la fronda inmóvil. Jadean los esclavos doblegados en la faena excesiva. Rajean los conotos burlones entre el follaje de los altos guamos y bucares que le dan sombra al cacaotal, saltan de rama en rama las ardillas ágiles y cautelosas, suena la hojarasca por donde huyen las culebras desalojadas de los mogotes. Una se arma ante *Negro Malo,* dispuesta a defender su guarida donde acaso tiene su cría. El le troza la cabeza de un tajo y por el color de la venenosa y lo que él le hierve dentro del pecho rezonga:

—¡Zamba, tenías que sé!

Ya se acuestan los rayos del sol de los araguatos, color de la piel de estos monos, que a esta hora regresan en bulliciosas manadas a los árboles copudos y tupidos donde suelen pernoctar. Es como un gran viento ululante que avanza estremecido el bosque, como un rumor de muchedumbres gimientes.

(Humillados y burlados. Pobre Negro.)

BARLOVENTO

Hundió la mirada en la sombra de los montes, la paseó por la serenidad de las cumbres, ya perfiladas sobre el resplandor anaranjado de la aurora, la detuvo luego allá lejos, allá abajo, sobre un trozo de mar sin rumores que tenía una ternura de leche... Respiró un olor de yerba con rocío. Percibió un murmurio de agua que por un caño de lata caía en botijón. Oyó que pasaba por encima de la casa, arriba de los árboles más altos, una bandada de pericos madrugadores. Sintió la frialdad del aire de la amanecida en los ojos abrasados por la vigilia.

(¿Qué te pasa, Pedro Miguel? Pobre Negro.)

CHARALLAVE

Entre lomas herbosas y laderas pobladas de cafetales, en torno a una iglesia pequeñita levantada sobre un altozano, de humildes muros de bahareque enlucido, espadaña a un costado y atrio de ladrillos musgosos, está acurrucado el pueblecito: unos cuantos ranchos, unas tantas casas, una sola calle que pronto vuelve a convertirse en camino y se va serpenteando por lomas y laderas, entre setos de pomarrosos.

Por detrás de la iglesia y a lo largo del pueblo, la alta y sombría cortina de los guamos y bucares que cobijan los cafetales; frente a ella, la cuesta suave y tapizada de grama altozano, asendereada por el paso de las recuas que por allí bajan de las haciendas y de los montes vecinos, las negras techumbres de paja de los ranchos y los tejados patinosos de las casas; y a un costado, la dilatada perspectiva de un hoyo de montaña que viene bordeando el camino que conduce al pueblo: verdes lomas, laderas tendidas y hondonadas silenciosas.

CAFETAL

Aquella noche floreció el cafetal. Al alba aparecieron los gajos floridos y era, bajo la sombra de los altos guamos, como si toda la noche hubiese estado nevando.

Ya reina la noche, fosca sobre los campos, espolvareada de estrellas arriba, tibia y pesada. Suena sin pausa la melodía adormecedora de los grillos; dentro de los cafetales vuela, silencioso, el enjambre de las luciérnagas rayando de luz las tinieblas profundas; se oye graznar las lechuzas y de allá abajo, de un rancho distante, sube un cantar melancólico al son quejumbroso de un cuatro.

Era verde la sombra bajo los altos árboles, verde y húmeda como el musgo impalpable; arriba, piaban dulcemente unos pájaros; por entre los peñascos del cauce el delgado hilo de agua se deslizaba con suave murmullo y entre los matorrales ya los grillos estaban afinando sus élitros para la nocturna sinfonía del bosque... Pero el silencio era un fantasma que estaba sentado sobre las blancas piedras del cauce escuchando aquellos blandos rumores.

CASAS GRANDES EN RUINAS

Llegado al término del seto de pomarrosos, divisó abajo la Casa Grande. Era una construcción sólida y elegante que se alzaba en medio de la ensenada, sobre un rellano plantado de parques y jardines. Una gradería de piedra conducía hasta ella y la circundaban corredores de arcadas altas y finas. Sus techumbres estaban cubiertas de una pátina verdinegra; pero brillaba al sol el enlucido de los muros, con una nota alegre, en contraste con la masa sombría de las arboledas que la rodeaban.

Edificada en los óptimos tiempos de la familia del Casal, cuando Cantarrana —rico latifundio de interminables cafetales en las alturas, grandes plantíos de añil y cañaverales en las vegas, fundado en la época de la Colonia— se extendía, por valles y montañas, hasta las márgenes del Tuy; venida a menos después, siguiendo la suerte de la finca, a través de las guerras de la Independencia y de la Federación; convertida en escombros cuando a causa de las persecuciones políticas que hubo de padecer la familia "mantuana", ya la hacienda no era sino unos cuantos cafetales abandonados a la invasión del matorral silvestre; reedificada

más tarde por Jaime del Casal, aquella mansión denotaba riqueza, señorío y buen gusto.

No obstante, su aislamiento en medio de los sombríos y silenciosos cafetales daba ahora una melancólica impresión de cosa a punto de desaparecer.

(IV. Primera Parte. La Trepadora.)

* * *

La casa de la hacienda, vieja y desabitada hacía tiempo, presentaba aspecto ruinoso. Los tejados, a cuyo peso ya comenzaban a ceder las vigas, cubiertas de pátina verdinegra, con musgos y tiñas de la siembra del viento; las paredes enmohecidas y descalabradas; el jardín invadido por los matorrales silvestres; la calzada empedrada que a él conducía, tapizada de retamas y ñaragatos. Los árboles circundantes sumíanla en penumbra verdosa que rezumaba humedad y tristeza.

(El Sacrificio. Pobre Negro.)

AMANECER CAMPESINO

En el cielo limpio temblaban, friolentas, las estrellas y una a una iban trasponiendo los montes obscuros. La luna se había ocultado ya, pero todavía un fulgor postrero argentaba las lomas más altas. Por el oriente, el cielo comenzaba a teñirse de rosa. De los campos dormidos subía el canto de los gallos, largo y sonoro, llenando el espacio: un aroma agreste de romero y albahaca se exhalaba de los húmedos matorrales, mezclado con el ocre color de las hojas podridas que alfombraban el camino: goteaba el rocío de las altas ramas de los árboles; sonaba continua la sinfonía adormecedora de los grillos.

(VI. Primera Parte. La Trepadora.)

DONDE EL TIEMPO SE DETUVO (ORIENTE)

PUEBLO SIN EDAD

Una calle que poco a poco iba a morir en una de las riberas del río, o mejor dicho, al borde del lecho, casi enjuto, que antes fue cauce de un río caudaloso, navegable por pequeñas y hasta por medianas embarcaciones que hasta allí llegaban...

La luna menguante daba iluminación espectral al lamentable paisaje: charcas de mal olor, borales que flotaban sobre ellas, intrincado matorral silvestre más allá, los tejados del pueblo recortados en oscuro silencio contra el cielo medianamente luminoso y al fondo, negra sombra erguida, la torre del reloj donde se había detenido el tiempo.

(Estacadas y Lirios de Agua. El Forastero.)

* * *

La casa, tal vez más antigua de la población, ocupaba casi la tercera parte de lo que había sido una de las manzanas que daban a la plaza, escombros entre matorrales todo lo demás, a causa de un terremoto que en los primeros tiempos del pueblo dió origen a

un desplazamiento de éste hacia donde ahora se asentaba.

La puerta de entrada estaba abierta, como de costumbre hasta la puesta del sol, y en el antiguo salón de clases, abiertas también las ventanas, las formas del culto.

Una sala de paredes encaladas y techo de obra limpia que ya comenzaba a ceder el peso de entejado; unos bancos a derecha e izquierda, donde antes se sentaron los alumnos; una mesa de cátedra sobre entarimado en el testero, con sillón de cordobán, y sobre ella un libro abierto, texto de Geometría, con unas gafas negras encima, una regla de ébano a un lado, una palmeta al otro, tintero, pluma y lápiz. Las formas del culto haciendo pensar en obra sólo momentáneamente interrumpida.

(El Mantenedor. El Forastero.)

* * *

Vieja casa, de cuando se construían sin constreñimientos de suelo caro y para tener dentro de ellas, sin complicaciones ni alardes, comodidad y sosiego. Gruesas las paredes de tierra apisonada, que si eran penetradas por los ruidos de afuera, ni por causa de ellas repercutían adentro los de adentro, ni sacándolos afuera traicionaban las intimidades que a su abrigo se confiasen, en el fresco recinto hasta donde ellas tampoco dejaban llegar el calor de afuera. Viejo el pavimento de ladrillos fraileros, porque en todavía se comportaban bien, sin polvaredas molestas que de ellos levantase la escoba; viejo el techo de obra limpia, tan viejo

que sólo por ser de madera de comisiones de frailes fueron fabricados y razón valiente soportado tanto el peso del entejado. Sombrío el patio donde crecieron árboles; acogedoras las estancias, sin mezquindad de espacio ni excesiva luz entremetida que perturbase el descanso.

(Eran Quince y un Gonzalito. El Forastero.)

* * *

La Casa de Gobierno era un edificio de dos pisos, antiguo convento de franciscanos de la colonia, frente al cual se extendía una plazoleta al fresco abrigo de la fronda perenne de un laurel-matapalo. La fachada se conservaba bien y había sido blanqueada recientemente y del interior, acomodado a silencio y a paz, se mantenía en pie el primer cuerpo, en torno a un patio rodeado de corredores claustrales, arriba y abajo, donde daban las diversas oficinas públicas —despachos y tribunales— y en cuyo centro alzábase otro de aquellos laureles gigantes, junto al cual había logrado crecer una trinitaria que por la verde y espesa copa ya le extendía sus gajos floridos; pero el segundo cuerpo del caserón conventual, de la misma disposición que el primero en sus orígenes, no quedaban sino escombros de algunas paredes y algunos pilares de los corredores de la planta baja, todo el suelo ya sin pavimento cubierto por matorrales silvestres y casi totalmente derruido el paredón que antes lo dividió de una angosta calle transversal.

(La Trinitaria y el Laurel. El Forastero)

LA CALDERETA

La costa, calcinada por el sol, se extiende larga y solitaria entre unos cerros de tierra roja y árida como el yermo y el mar azul, de un azul pastoso que, en violento contraste, luce sombrío bajo el resplandor del cielo blanquecino y ardiente como una cúpula de zinc.

Más allá de los cocales, más allá de los uveros, cerca de la mole blanca del cabo, en un paraje desolado y aspérrimo donde sólo median recios cardones y breñas rastreras, cerca de la desembocadura de un torrente que en la estación de las lluvias baja las montañas arrastrando un fango rojizo, hay una vivienda solitaria con techumbre de palmas y cercado de tunas bravas que la guarecen de los vientos del mar.

Cae a plomo la lumbre estantes del meridiano: centellea en la arena de la playa, vibra en el aire que tiembla a ras del suelo y por entre las veras espinosas de los cardos, reverbera en el caliche del promontorio, blanco y siniestro como un osario y en el ocre violento de los cerros que, secos, desnudos y agrietados, se internan costa adentro, y bajo aquella luz cruda la salvaje majestad del paisaje desolado su-

giere la abrumadora impresión de las tierras por donde ha pasado el soplo de las maldiciones bíblicas.

Llena el ámbito el trueno del mar; a lo largo de la playa resuena interminable el fragor del pedrusco arrastrado por la resaca... A intervalos reposa el oleaje y entonces se oye hervir la espuma en las rompientes, y se siente, tierra adentro, el angustioso silencio de la soledad del paraje... Es un silencio que asusta: por momentos parece que se va a escuchar el terrible grito de un enorme dolor humano.

El viento marino había caído y la calma se hacía cada vez más pesada y bochornosa, las olas se retiraban antes de estrellarse en las rompientes con un receloso murmullo de aguas prestas a hervir: la lumbrarada del sol iba palideciendo en el aire; en la montaña se arremolinaban vapores caliginosos; el vaho de la tierra sofocaba como el aliento de un horno; en el ambiente aplomado las varas espinosas de los cardos se erigían más rectas; más inmóviles... A lo lejos se escuchaban medrosos balidos de chivos que bajaban corriendo por los peladeros...

Se estremeció el aire; se levantaron de la tierra pequeños remolinos fugaces de polvo; comenzó a hervir el agua en las rompientes, gimió el cardonal y empezó a pasar la racha violenta y ardorosa.

Cayó la tarde, el añil crudo del mar se trocó en púrpuras, en ópalos resplandecientes, en suaves violetas, en opaco color plomizo, y vinieron las sombras resbalando sobre las aguas y envolvieron la costa y treparon por la montaña, hasta los picos más altos

que se cernían allá, serenos y firmes, en el azul puro del anochecer de las alturas...

Sobre el mar, dulcemente, caían exhalaciones...

(Marina.)

PUERTO LA CRUZ Y POZUELOS

Doblado el cabo: la ensenada sembrada de islotes. Sobre el agua oscura y profunda, la blancura del escarceo; en el fondo la playa como una herradura de plata, a ras del agua el manglar exuberante y encima, en un azul de montaña, el pueblo, blanco, en las primicias del orto.

Aparecidas en el abra las barcas, un claro repique de lejanas campanas resbala sobre el mar; son las campanas del pueblo que saludan el retorno de los pescadores.

Ganada la bahía donde el mar se apacigua y aviva su zafiro a la sombra de los islotes, una a una se enriscan las barcas. ¡Qué azules están las avenidas del mar! ¡Qué blancas resultan las velas! Por detrás de la isla el sol cercano desparrama rútilo haz estriado de sombras, como un enorme abanico, y a la luz creciente los escollos —vagas manchas— van tomando extrañas formas caprichosas; a flor de agua algunos, suaves a la vista que materialmente los palpa blandos y tibios, como ballenas dormidas hasta el alba; o de violentos cortes otros, en los que rojea, como si sangrara, la entraña de la roca. En uno el talud evidencia los

diferentes estratos del risco que bajan hasta el mar como una inmensa gradería, las olas quieren treparla y estallan en un desesperado fracaso de espumas; en otros el agua obscura y untuosa lame con menudas lenguas los acantilados profundos, bruñidos y rojizos como de bronce reciente; en otros la escarpa almenada finge muros derruídos de atalayas, o aguzándose como góticos campaniles sugiere ideas de antiguos templos abandonados al mar, ante los cuales se eleva, todavía, una blanca plegaria de grumos.

Súbito por encima de la isla salta un celaje vivaz cual una llama. Luego: el sol. Tajante, echa su espada sobre el mar. Despiertan las aristas dormidas en la penumbra de los taludes; los mástiles de las barcas funden sus puntas de oro improviso, y fundido, el oro resbala por las velas hasta el agua que se incendia. Ahora también deben ser de oro las campanas que celebran el regreso de la flota, así vibran, claras y triunfales en la onda luminosa las ondas sonoras, tenues o intensas, como mecidas al vaivén de las olas. ¡Cómo pasan, atropellándose, empujándose, como niños en festivo tropel las alegres campanadas sobre el sordo murmullo del mar, sobre el áspero crujir de los bajeles, sobre el monótono tumbo del viento que tropieza contra las velas como un ciego que no encontrara su camino en toda la anchura del cielo!

Ya llegan las barcas. Rota por las quillas va quedando sobre la seda del agua el rasgón de la estela que viene zurciendo el alba con su pespunte de oro. Ya se distingue claramente en la playa el alegre gentío que espera a los pescadores: son mujeres y muchachos

casi todos algunos viejos apenas. Otros se han echado al mar en sus cayucos al encuentro de los bajeles y ya los rodean y van de unos a otros, resbalando sobre el agua clarísima.

Encaramada sobre un peñascal que a manera de bastión se levanta frente al mar, en un fresco vallecito que apretuja su fronda entre fragosos collados, como un almácigo en un cangilón, está la aldea arribeña. Manan del áspero peñón que la sustenta claras aguas que mantienen en perenne lozanía el apeñuzco de fronda, única en todos aquellos contornos, y formando remansos, le dan frescura al suelo y nombre a la aldea. Llamábanla: Pozuelos, y en ocasiones solemnes: Santa María del Valle de los Pozuelos.

Santa María del Valle de los Pozuelos es una aldea toda blanca, con una iglesia antiquísima, toda de piedra y muy grande, entre un monte riscoso y un mar muy azul.

(El Milagro del Año.)

CABRAS Y CARDONES

A media legua del pueblo, sobre la margen izquierda del río que antes fue caudaloso, ahora lecho enjuto invadido por retamas, ortigas y toda especie de matorral silvestre, tenía el doctor Marcos Roger su casa y hacienda.

Una sólida construcción de bahareque enlucido, amplia, techada de tejas y rodeada de corredores, se levantaba en medio a un jardín de rosales en el centro de unas cuantas hectáreas de tierra de sembradura, plantadas de maíz y de arvejas que por allí se daban muy buenas, de sanseviera más allá, que empezaba a cultivar para una experiencia textil y de hortalizas, finalmente, hasta las cuales había hecho llegar por una acequia lo que más arriba quedaba de las aguas del río, antes de que por completo se perdieran deslizándose bajo el retamal. Y el resto de la hacienda lo componían un tejar donde fabricaba ladrillos, tejas y cacharros y unos rebaños de cabras que ramoneaban por los cardonales del contorno.

(El Hombre de Acción. El Forastero.)

* * *

El silencio de los campos, la tristeza solemne del paisaje de cardones que por allá se extendía, la vuelta de los chivos taciturnos a los corrales, la inmovilidad del tejar, el angosto reflejo de cielos dentro de la acequia, la soledad de su vida, el sueño no realizado, el amor que en su corazón ya conquistado se lo troncaron en odio a su tierra crímenes sin castigo, todo le infundía una pena negra de atardecer de domingos, como si estos días tuviesen alguna relación con algo, especialmente echado de menos, que siendo domingo hubiese perdido.

(El Hombre de Acción. El Forastero.)

HOMBRES Y ARENAS

Traspusieron una cadena de colinas de arena que limitaban la llanura salitrosa y cayeron a la costa del mar, a través de un espacio cubierto de plantas rastreras, alivio de la trabajosa marcha por el médano. Nunca habían ido por allí e incluso algunos no conocían el mar; pero en toda la anchura de éste, reinaba un color plomizo, sombrío en el horizonte, de nieblas que flotaban sobre las aguas no obstante un viento recio que, sin disiparlas, sólo venía a componer desolación. Y se les metió dentro una tristeza inesperada.

Los condujeron a un edificio que había sido construido para aduana cuando por allí desembocaba el río y presentaba aspecto ruinoso, no siendo antiguo. Lo rodeaban corredores encimentados, a un medio metro de altura sobre el terreno, manchados y corroídos por la humedad salitrosa que también subía por las paredes, descalabrándolas. Estaba deshabitado y sin muebles y el viento de la desolación entraba y salía por todas las puertas y ventanas abiertas.

(Afloramiento. El Forastero.)

* * *

Y había amanecido hermoso aquel día. El sol brillaba complacidamente sobre todas las cosas y el mar tenía su mejor color azul. Los médanos preparaban ya sus blancas arenas para las reverberaciones más brillantes, los abrojos rastreros tenían abiertas todas sus flores sencillas, unas ciénagas que la víspera habían sido turbias y pútridas, se habían quitado el mal olor y estaban reflejando cielo y por encima de los médanos, allá lejos, unas salinetas estaban sacando de azul purísimo blanco cinturón de sal. Había garzas mirándose en las charcas, sobre el mar volaban gaviotas y entre sus olas estaban trabajando ya unos hombres.

(Cabo Pisao. El Forastero.)

LA MONTAÑA

SELVA NUBLADA

Atravesaba a la sazón una enmarañada selva, sin sendero y tan pendiente que por aliviar a la rendida bestia echóse a pie, y a más andar ganó la linde, en la cumbre misma. La neblina era tan densa que a pocos pasos apenas se distinguían siluetas borrosas; subía de los barrancos, cálida como un aliento, en borbollones silenciosos, desflecábase contra los riscos de aristas cortantes, rodaba por las lomas, y se metía, bosque adentro, blanqueando la sombra azul o violada de la umbría. De entre ella, en una engañosa perspectiva de lejanía emergían afilados picachos, roquedos colados sobre el abismo blanco, aguileras crispadas sobre las cuales se cernían grandes aves rapaces, en un vuelo avizor, lento y majestuoso. A veces, cortado por las alas, vibraba el aire sonoramente, como una clarinada; a intervalos, en el fondo de los barrancos, reventaban estampidos; del mar venía, con las brumas, un viento recio y crudo que pasaba sobre las lomas y se metía por los quebrajones, tal una manada de lobos marinos, todos blancos, que invadiera la montaña.

(Los Aventureros.)

TIERRA ABIERTA Y TENDIDA

EL ARAUCA

Un sol cegante, de mediodía llanera, centellea en las aguas amarillentas del Arauca y sobre los árboles que pueblan sus márgenes. Por entre las ventanas, que a espacios rompen la continuidad de la vegetación, divísanse, a la derecha, las calcetas del cajón del Apure —pequeñas sabanas rodeadas de chaparrales y palmares—, y, a la izquierda, los bancos del vasto cajón del Arauca —praderas tendidas hasta el horizonte, sobre la verdura de cuyos pastos apenas negrea una que otra mancha errante de ganado. En el profundo silencio resuenan, monótonos, exasperantes ya los pasos de los palanqueros por la cubierta del bongo. A ratos, el patrón emboca un caracol y le arranca un sonido bronco y quejumbroso que va a morir en el fondo de las mudas soledades circundantes, y entonces se alza dentro del monte ribeño la desapacible algarabía de las chenchenas o se escucha, tras los recodos, el rumor de las precipitadas zambullidas de los caimanes que dormitan al sol de las desiertas playas, dueños terribles del ancho, mudo y solitario río.

Se acentúa el bochorno del mediodía, perturba los sentidos el olor del fango que exhalan las aguas

calientes, cortadas por el bongo. Ya los palanqueros no cantan ni entonan coplas. Gravita sobre el espíritu la abrumadora impresión del desierto.

(¿Con quien vamos? Doña Bárbara.)

LA SABANA

La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Esta acecha por todas partes; pero allí nadie la teme. El Llano asusta; pero el miedo del Llano no enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como la fiebre de sus esteros.

El Llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre. En la guerra buena, esa locura fue la carga irresistible del pajonal incendiado, en Cucuritas, y el retozo heroico de Queseras del Medio; en el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso, la llanura en la malicia del "cacho", en la bellaquería del "pasaje", en la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abondono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza, al principio, y luego la franqueza absoluta; en el odio: la arremetida impetuosa; en el amor: "primero mi caballo". ¡La llanura siempre!

Tierra abierta y tendida, buena para el esfuerzo y para la hazaña, toda horizontes, como la esperanza, toda caminos, como la voluntad.

HOMBRE A CABALLO

¡Ancha tierra, buena para el esfuerzo y para la hazaña! El anillo de espejismos que circunda la sabana se ha puesto a girar sobre el eje del vértigo. El viento silba en los oídos, el pajonal se abre y se cierra en seguida, el juncal chaparrea y corta las carnes; pero el campo no siente golpes ni heridas. A veces no hay tierra bajo las patas del caballo; pero bombas y saltanejas son peligros de muerte sobre los cuales se pasa volando. El galope de un redoblante que llena el ámbito de la llanura. ¡Ancha tierra para correr días enteros! ¡Siempre habrá más llano por delante!

Al fin comienza a ceder la bravura de la bestia. Ya está cogiendo un trote más y más sosegado. Ya camina a medio casco y resopla, sacudiendo la cabeza, bañada en sudor, cubierta de espuma, dominada, pero todavía arrogante. Ya se acerca a las casas, entre la pareja de amadrinadores, y relincha engreída, porque si ya no es libre, a lo menos trae un hombre encima.

(La Doma. Doña Bárbara.)

* * *

Allá va, esguazando los esteros del Guárico, con el agua a la coraza de la silla, levantando el bullicioso revuelo de las bandadas de patos y de garzas, adormecido por el chapoteo interminable de la bestia en las bombas de fango. Allá cabalga hacia el Alto Apure a través de la verde inmensidad de los bancos. Salió con la sombra por delante, larga sobre el camino, le pasó por encima y ya la lleva a la espalda, larga sobre el camino. Pero él siempre está en el centro del llano, círculo de espejismos donde se funde la sabana caldeada por el sol antes de convertirse en cielo. Allá atraviesa los palmares profundos, los verdes morichales, cuyas claras aguas duplican el alba de oro y el crepúsculo de púrpura. Allá cruza las masas de las desolaciones, páramos de hierbas raquíticas que el sol retuesta y consume... Un grito melancólico, de encaminador de ganados imaginarios, se le convierte en copla y la copla vuelve al grito y éste se tiende y se extiende en el ancho silencio, y así va distrayendo su soledad bajo la obsesión del panorama, siempre igual y siempre interesante.

Por allá viene el viento peinando el pajonal. Pasa de largo junto al viajero y le arrebata el sol que lleva encima.

(La Copla Errante. Cantaclaro.)

HATO

A la derecha de la rampa se extendían, blanqueadas por la intemperie, las palizadas de los corrales donde se reunía el ganado que por allí se sacaba, y a la izquierda se agrupaban las construcciones típicas de la vivienda llanera: dos casas de bahareque y palma, que eran las habitaciones de la familia de Melesio y entre ambas un caney de gruesa y baja techumbre pajiza, bajo el cual había una mesa larga, rodeada de bancos; otro caney, más allá, alto y espacioso, a cuyos horcones estaban amarradas las bestias de Antonio y Carmelito y la que ellos habían traído del hato para Santos; otro, en fin, separado de las casas y de cuyas travesañas de macanilla pendían cueros de venados y chigüires, recién curtidos, pestilentes todavía.

Detrás de este caney se alzaba una hilera de árboles: jobos, dividives y el alto algarrobo que le daba nombre al esguazadero. Lo demás era llanura despejada, la inmensidad de los pastos, en cuyo remoto confín circular y como suspendida en el aire por efecto del espejismo, divisábase la ceja de una arboleda, la "mata" llanera, bosque aislado en medio de las sabanas.

(Uno Solo y Mil Caminos. Doña Bárbara.)

CASERIO

Era un caserío cercano al pueblo capital del distrito. Uno de esos caseríos llaneros por entre cuyos míseros ranchos de palma, entra, circula y allí mismo sale la sabana pelada; pero de las que fueron moradas humanas ya no quedaban sino escombros humeantes. Una charca a la entrada del caserío, era como un ojo abierto de espanto en la oscuridad de la noche.

(El Menudo por la Morocota. Cantaclaro.)

CREPUSCULOS

El sol de los araguatos arranca reflejos de bronce nuevo a los troncos de los samanes y completa la ilusión de bosque metálico el pesado reposo de la mata en la tarde sofocante. Un aire sin transparencia flota sobre la sabana, empeñando las perspectivas. Hay un silencio macizo que llega hasta el horizonte.

(Al Abrigo de las Matas. Cantaclaro.)

* * *

Ya se ha ocultado el sol. Es la hora en que las cosas brillan más que la luz envolvente, cual si despidiesen de sí toda la que han absorbido durante el día. La hora en que el árbol solitario proyecta su silueta pensativa y en la serenidad del cielo se pone a contar sus ramas y sus hojas, para saber cuántas le habrá arrebatado el viento de la jornada y con cuántos pimpollos tendrá que reponerlas... La hora en que la sabana empieza a recoger sus caminos para tener tiempo de dormir y madrugar extendiéndolos de nuevo, frescos y descansados, para las marchas posibles.

(Las Suertes Troncadas. Cantaclaro.)

* * *

Se ocultó por fin el sol, pero quedó largo rato suspendido sobre el horizonte el lento crepúsculo llanero en una faja de arreboles sombríos, cortados por la línea neta del disco de la llanura, mientras en el confín opuesto, al fondo de una transparente lontananza de tierras mudas comenzaba a levantarse la luna llena. Se fue haciendo más y más brillante el fulgor espectral que plateaba los pajonales y flotaba como un velo en las hondas lejanías y ya era entrada la noche cuando llegaron a las fundaciones del hato.

(La Lanza en el Muro. Doña Bárbara.)

AMANECER

Avanza el rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sabana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganado. Empiezan a bajar las gallinas de las ramas del totumo y del merecure; el talisayo insaciable les arrastra el manto de oro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse de amor. Silban las perdices entre los pastos. En el paloapique de la majada una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los voraces pericos, en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriríes, los rojos rosarios de corocoras; más arriba todavía, las garzas blancas, serenas y silenciosas. Bajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer, sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravíos y galopan las yeguadas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y poderoso la vida libre y recia de la llanura.

(La Doma. Doña Bárbara.)

* * *

Madrugada llanera, escalofrío de la sabana paludosa precursor de la fiebre del día. Llegó sin canto de gallo ni lumbre encendida.

(El Blanco de Hato Viejo. Cantaclaro.)

LOS CORRALES

La fría madrugada, olor de boñiga y cantar de ordeño dentro del vasto silencio de la sabana, a medida que el aire se movía y el alba empezaba a rayar, se iba poblando de olores y rumores diversos: aroma de los mastrantales enternecidos por el relente, perfume de los paraguatanes floridos, áspero canto del carrao en el monte de las orillas del caño, lejano clarín de un gallo, trino de los turpiales y de las paraulatas.

Y en la tarde, la vuelta de los rebaños a los corrales. Vienen con los tendidos rayos del sol sobre la sabana y con el canto de los pastores. Traen las ubres repletas y en el tranquero de la corraleja donde se agolpan los becerros, hay tiernos belfos ansiosos. Remigio mira a las ubres y calcula las arrobas de queso. Jesusito, sobre el tranquero, contempla la sabana y escucha las tonadas. Cantares de notas largas, música de tierras anchas y solas...

(Las Tolvaneras. Doña Bárbara.)

* * *

Ya el sol moría en el confín de la sabana, desangrándose en los rojos peladeros de los medanales,

cuando llegó a un paraje desapacible de la ribera izquierda del Cunaviche, donde había unos corrales abandonados, blanquecinos los tranqueros que aún quedaban en pie, dos caneyes de techumbre raída por el viento y las lluvias y los escombros de una casa, más allá de la cual, arboleda por medio, se alzaba el negro y tiñoso tejado de otra.

(Las Suertes Trocadas. Cantaclaro.)

VERANO

El vasto horizonte solitario, la sabana inmensa y muda, el río sin corriente visible y su vuelta temerosa, como una súbita aparición espantable y su lejanía desesperante que se apoderaba de la mirada, miedo supersticioso de algo tremendo que de un momento a otro fuese a suceder... Un soplo de viento repentino doblegaba los pastos ardidos; gritaban las chenchenas... Luego el silencio que era más que ausencia de todo rumor, replegándose hasta el horizonte como una resaca de algo menos que silencio, para el maretazo final del cataclismo.

(Aquella Mirada. Cantaclaro.)

* * *

Comenzaba a reinar la sequía. Ya era tiempo de picar los rebaños que ignoraban el camino de los bebederos o lo olvidaban en el tormento de la sed. Cangilones de caños ya enjutos atravesaban, aquí y allá, los pardos gamelotes y a los rayos ardientes del sol, bajo las costras blanquecinas de las terroneras, las pútridas ciénagas eran como úlceras pestilentes que

se cicatrizaran sin curarse. En algunas quedaba todavía un agua caliente y espesa, dentro de la cual se pudrían reses que, enloquecidas por la sed, se habían precipitado a lo más hondo del bebedero y allí, ahítas, infladas de tanto beber, se atascaron y sucumbieron. Grandes bandadas de zamuros, ávidos de carroña, revoloteaban sobre aquellas charcas. ¡La muerte es un péndulo que se mueve sobre la llanura, de la inundación a la sequía y de la sequía a la inundación!

Crujían los chaparrales retostados, reverberaba la sabana dentro del anillo de los espejismos que daban la ilusión de remansos azules, aguas desesperantes para el sediento que marchara hacia ellas, siempre a la misma distancia en el ruedo del horizonte.

(La Estrella en la Mira. Doña Bárbara.)

* * *

Humaredas de incendios lejanos que hace días enturbian la atmósfera de la sabana, más densas a medida que se interna hacia el sur, hacen el aire sofocante y penosa la marcha bajo el sol sin brisa que lo mitigue. En los matorrales estridulan las chicharras y en los bajíos, donde fueron los bebederos, se resquebrajan las terroneras enjutas. Reina la sequía y los rebaños sedientos caminan hacia el agua ilusoria de los espejismos.

(Juan el Veguero. Cantaclaro.)

LLEGAN LAS LLUVIAS

Ya se había escuchado, allá en el fondo de las mudas soledades, el trueno que anuncia la aproximación del invierno, ya estaban pasando hacia el occidente las rumazones de nubes que van a condensarse sobre la cordillera, donde comienzan las lluvias que luego descienden a la llanura, y ya estaba el fusilazo del relámpago al ras del horizonte en las primeras horas de la noche. El verano empezaba a despedirse con el canto de las chicharras entre los chaparrales resecos, amarilleaban los pastos hasta perderse de vista y bajo el sol ardoroso se rajaban como fauces sedientas las terroneras de los esteros. La atmósfera, saturada del humo de las quemas que comenzaban a propagarse por las sabanas, se inmovilizaba en calmas sofocantes durante días enteros, y sólo a ratos, como anhelosos resuellos de fiebre, soplaban breves ráfagas ardientes.

Aquella tarde había llegado a su apogeo la modorra de la canícula, la reverberación solar poblaba de espejismos la sabana y en la abrumadora quietud del desierto sólo se movía la vibración del aire enrarecido, cuando, de pronto, y a tiempo que los pastos se abatieron al soplo de una racha huracanada, empezó a

suceder algo extraño, bandadas de aves palustres que volaban hacia el sotavento lanzaban graznidos de pánico, numerosas yeguadas, reses sueltas o en madrinas que corrían en la misma dirección, unas, rumbo a los corrales del hato, otras hacia el horizonte abierto en precipitada fuga.

(Candelas y Retoños. Doña Bárbara.)

* * *

¡Llueve, llueve, llueve! . . . hace días no sucede otra cosa. Ya los llaneros que estaban fuera de sus casas han regresado a ellas, porque los caños y los ríos se desbordarán por las sabanas y pronto no habrá caminos transitables. ¡Ni necesidad de recorrerlos! Ya es tiempo de "mascada, tapara y chinchorro" y con estas tres cosas bajo el techo de palma, el llanero se siente feliz, mientras afuera se van desgajando las nubes en un llover obstinado y copioso.

Con las primeras lluvias comenzó el retorno de las garzas. Aparecieron por el sur —hacia donde emigran durante el verano, sin que nadie sepa hasta dónde van— y todavía estaban llegando las innumerables bandadas.

Fatigadas por el largo vuelo, se detenían, balanceándose, sobre las ramas flexibles del monte del garcero o llegaban, sedientas, hasta el borde de la ciénaga, y el monte y el agua iban cubriéndose de blancura.

Parecía haber reconocimientos y cambio de impresiones de viaje. Las de este bando miraban a las del otro, que habían emigrado a distintas regiones, alargaban los cuellos, batían las alas, lanzaban ásperos graznidos y luego quedábanse quietas observándose mutuamente, redondas e inmóviles las ágatas de las pupilas. A veces había riña por una rama del dormitorio, por un resto de nido de la estación anterior; pero después se iban acomodando todas en los mismos sitios que siempre habían ocupado.

Los patos salvajes, las corocoras, las chusmitas, las cotúas, los gavanes y los gallitos azules, que no habían emigrado, acudían a saludar a las viajeras, y eran también bandadas innumerables que iban llegando desde los cuatro puntos del cielo. También habían regresado los chicuacos y contaban sus impresiones de viaje.

Ya el estero estaba lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza. Un día asoma a flor de agua la trompa negra de una baba. Ya aparecerán también los caimanes, pues los caños se están llenando de prisa y en la llanura por todas partes se va a todas partes. Los caimanes también vienen desde lejos, del Orinoco muchos de ellos; pero nada cuentan, porque todo el día se la pasan durmiendo o haciéndose los dormidos. Y mejor es que se estén callados. No podrían contar sino crímenes.

Comienza la muda. El garcero es un monte nevado, al amanecer. Sobre los árboles, en los nidos colgados de ellos y en torno al remanso: la blancura de las garzas a millares, y por dondequiera: en las ramas de los dormitorios, en los borales que flotan sobre el agua

fangosa de la ciénaga, la escarcha de la pluma soltada durante la noche.

Con el alba comienza la recolecta. Los recogedores salen en curiaras, pero terminan echándose al agua y con ella a la cintura, entre babas y caimanes, rayas, tembladores y caribes, desafían la muerte gritando o cantando, porque el llanero nunca trabaja en silencio. Si no grita, canta.

¡Llueve, llueve, llueve! Y se desbordan los caños y se inundan los esteros y empiezan a caer los hombres, fulminados por la "calentura", tiritando de frío, castañeteando los dientes, y se ponen pálidos y se van volviendo verdes y empiezan a nacerle cruces al cementerio de Altamira que es apenas un pequeño rectángulo cercado de alambre de púas, en medio de la sabana, porque el llanero, hasta después de muerto, le basta con estar en medio de su sabana.

Pero, al fin, comienzan a cabecear los ríos y a escurrirse los rebalses ribereños, y los caimanes empiezan a abandonar los caños, hacia el Arauca, hacia el Orinoco los que de allá vinieron a hartarse con reses altamireñas, y se van alejando las fiebres, y otra vez el cuatro y las maracas, el corrido y el pasaje, el alma recia y risueña cantando en coplas sus amores, sus trabajos y sus bellaquerías.

(Coplas y Pasajes. Doña Bárbara.)

* * *

Caía la tarde, había cesado de llover, era dulce el aire en la luz tierna y el horizonte de la sabana se recortaba limpio y nítido sobre los celajes de un colorido ingenuo. En las charcas ya las ranas ensayaban su concierto nocturno y por el cielo de plata una bandada de garzas tendía su vuelo sereno.

(Momento Sentimental. Cantaclaro.)

EL TREMEDAL

Era un bosque de maporas, profundo y diáfano, que cubría una vasta depresión de la sabana y le venía el nombre de una pequeña garza azul, que, según una antigua leyenda, solía encontrarse por allí, único habitante del paraje. Era un lugar maldito: un silencio impresionante, numerosas palmeras carbonizadas por el rayo y en el centro un tremedal donde parecía, sorbido por el lodo, cuanto ser viviente se aventurara a atravesarlo.

(El Espectro de la Barquereña. Doña Bárbara.)

* * *

Algo extraño sucedía en el tremedal, donde de ordinario reinaba un silencio de muerte. Numerosas bandadas de patos, cotúas, garzas y otras aves acuáticas de variados colores volaban describiendo círculos atormentados en torno a la charca y lanzando gritos de un pánico impresionante. Por momentos, las de más remontado vuelo desaparecían detrás del palmar, las

otras bajaban a posarse en las orillas del trágico remanso y al restablecerse el silencio daba la impresión de una pausa angustiosa; pero en seguida, reemprendiendo unas el vuelo y reapareciendo las otras, volvían a girar en torno al centro de su bestial terror.

No obstante el profundo ensimismamiento en que iba sumida, doña Bárbara refrenó de pronto la bestia; una res joven se debatía bramando al borde del tremedal, apresada por el belfo por una culebra de agua cuya cabeza apenas sobresalía del pantano.

Rígidos los remos temblorosos, hundidas las pezuñas en la blanda tierra de la ribera, contraído el cuello por el esfuerzo desesperado, blancos de terror los ojos, el animal cautivo agotaba su vigor contra la formidable contracción de los anillos de la serpiente y se bañaba en sudor mortal.

Por fin la culebra comenzó a distenderse sacando el robusto cuerpo fuera del agua y la novilla empezó a retroceder batallando por desprendérsela del belfo; pero luego aquélla volvió a contraerse lentamente, y la víctima, ya extenuada, cedió y se dejó arrastrar y empezó a hundirse en el tremedal lanzando horribles bramidos y desapareció dentro del agua pútrida, que se cerró sobre ella con un chasquido de lengua golosa.

Las aves aterrorizadas volaban y gritaban sin cesar. Doña Bárbara permaneció impasible. Huyeron definitivamente aquéllas, volvió a reinar el silencio y el tremedal agitado recuperó su habitual calma trágica. Apenas una leve ondulación rizaba la superficie y allí donde las verdes natas de borales se habían roto bajo

el peso de la res, reventaron pequeñas burbujas de gases del pantano.

Una, más grande, se quedó a flor de agua dentro de una ampolla amarillenta, como un ojo teñido por la ictericia de la cólera.

Y aquel ojo iracundo parecía mirar a la mujer cavilosa...

(Toda Horizontes, Toda Caminos. Doña Bárbara.)

GUAYANA. DE LAS PALABRAS MAGICAS

ORINOCO

Barra del Orinoco. El serviola de estribor lanza el escandallo y comienza a vocear el sondaje:

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

Bocas del Orinoco, puertas, apenas entornadas todavía, de una región donde imperan tiempos de violencia y de aventura... Una ceja de manglares flotantes, negros en el turbio amanecer. Las aguas del río ensucian el mar y saturan de olores terrestres el aire yodado.

—¡Ocho pies! ¡Fondo blando!

Bandadas de aves marinas que vienen del sur, rosarios del alba en el silencio lejano. Las aguas del mar aguantan el empuje del río y una cresta de olas fangosas corre a lo largo de la barra.

—¡Ocho pies! ¡Fondo duro!

Destellos de aurora. Arreboles bermejos... ¡Y eran verdes los negros manglares!

—¡Nueve pies! ¡Fondo blando!

De la tierra todavía soñolienta, hacia el mar despierto con el ojo fúlgido al ras del horizonte, continúan saliendo las bandadas de pájaros. Los que madrugaron ya revolotean sobre aguas centelleantes: los alcatraces grises, que nunca se sacian; las pardas cotúas

que siempre se atragantan; las blancas gaviotas voraces del áspero grito; las negras tijeretas de ojo certero en la flecha del pico.

—¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

A los macareos han llegado millares de garzas: rojas corocoras, chusmitas azules y las blancas, de toda blancura; pero todas albean los esteros. Ya parece que no hubiera sitio para más y aún continúan llegando en largas bandadas de armonioso vuelo.

—¡Diez pies! ¡Fondo duro!

Acaban de pronto los bruscos maretazos de las aguas encontradas, los manglares se abren en bocas tranquilas, cesa el canto del sondaje y comienza el maravilloso espectáculo de los caños del delta.

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó el río, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atunes, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar: y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños que se quedan dormidos entre los verdes manglares.

Verdes y al sol de la mañana y flotantes sobre aguas espesas de limos, cual la primera vegetación de la tierra al surgir del océano de las aguas totales; verdes y nuevos y tiernos, como lo más verde de la porción más tierna del retoño más nuevo, aquellos islotes de

manglares y borales componían, sin embargo, un paisaje inquietante, sobre el cual reinara todavía el primaveral espanto de la primera mañana del mundo.

A trechos apenas divisábase alguna solitaria garza inmóvil, como en espera de que acabase de surgir aquel mundo retardado; pero a trechos, caños dormidos de un laberinto silencioso, la soledad de las plantas era absoluta en medio de las aguas cósmicas.

Mas el barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje.

Ya los manglares son matorrales de ramas adultas, maraña bravía que ha perdido la verde piel niña y no mama del agua sino muerde las savias de la tierra cenagosa. Ya hay pájaros que ensayan el canto con salvajes rajeos; huellas de bestias espesura adentro: los arrastradedos de los caimanes hacia la tibia sombra internada, para el letargo después del festín que ensangrentó el caño; senderos abiertos a planta de pie, las trochas del indio habitador de la marisma; casas, tarimbas de palma todavía sobre estacas clavadas en el bejumbal. Ya se oyen gritos de un lenguaje naciente.

Son los guaraúnos del bajo Orinoco, degenerados descendientes del bravo caribe legendario, que salen al encuentro de las embarcaciones en sus diminutas curiaras, por los caños angostos, sorteando los islotes de bosuros florecidos, bogando sobre el aguaje de los caimanes que acaban de zambullirse. Se acercan a los costados del vapor en marcha y en jerga de gerundios proponen comercio:

—¡Cuñao! Yo dándote moriche canta bonito, tú dándome papelón.

—Yo dándote chinchorro, tú dándome sal.

Pero a veces los gritos son alaridos lejanos, sin que se acierte a descubrir de dónde salen y quizás no sean proposiciones amistosas, sino airadas protestas del indio indómito, celoso de la soledad de sus bajumbales.

¡Caños! ¡Caños! Un maravilloso laberinto de calladas travesías de aguas muertas con el paisaje náufrago en el fondo. Hondas perspectivas hacia otros caños solitarios, misteriosas vueltas para la impresionante aparición repentina, que a cada momento se espera, de algún insólito morador de aquel mundo inconcluso. Islotes de borales en flor, crestas de caimanes. Un brusco chapoteo estremece el florido archipiélago y turba la paz del paisaje fantástico invertido en el espejo alucinante del caño.

A vuelta encontrada aparece una piragua navegando en bolina. Un cargamento de plátanos, vuelco del cuerno de la abundancia del Delta; tres hombres, guayqueríes de rostro atezado, buena cara para el mal tiempo de mar y de río; un perro que se empina en la borda, nocturno guardián de la casa flotante en el aduar de las barcas fondeadas, y un gallo, caracol para el alba marina.

Y ya el paisaje es de tiempos menos remotos.

Palmeras: temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turupial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso del tronco velludo de musgo, el tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsá-

micas, curas para las heridas del aborigen y lumbre para su churuata. La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías. El bosque tupido que trenza el bejuco... Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Ya se ven caseríos.

Pero allí viene el chubasco que nunca falta en aquella zona de bruscas condensaciones atmosféricas. Es un ceño amenazante el largo nubarrón por detrás del cual los rayos del sol, a través del aguacero en marcha, son como otra lluvia. La brisa marina y los gozosos escarceos se detienen de pronto asustados ante aquello que avanza de tierra, se queda inmóvil el aire un instante, vibra de súbito como una plancha de acero golpeada, se acumulan tinieblas, se estremece el caño herido por los goterones de la lluvia recia y caliente y pasa el chubasco borrando el paisaje.

Ya vuelve, con la prodigiosa riqueza de sus matices envueltos en la suave tonalidad de una luz incomparable, hecha con los más vivos destellos del sol de la tarde y la substancia más transparente del aire. Y en el aire mismo cantan y aturden los colores: la verde algarabía de los pericos que regresan del saqueo de los maizales; el oro y azul, el rojo y azul de los guacamayos que vuelan en parejas gritando la áspera mitad de su nombre; el oro y negro de los moriches, de los turupiales del canto aflautado, de los arrendajos que

cuelgan sus nidos cerca de las colmenas del campante y los arpegios matizados al revuelo de la bandada de azulejos, verdines, cardenales, paraulatas, curuñatás, siete colores, gonzalitos, arucos, güiriríes. Y regresan también, hartas y silenciosas, las garzas y las cotúas que salieron con el alba a pescar y es una nube de rosa la vuelta de las corocoras.

De pronto huyen las riberas que encajonaban el caño y ante la vista se extienden, pasmo de serenidad, las bolinas del Delta.

¡Agua de monte a monte! ¡Agua para la sed insaciable de las bocas ardidas por el yodo y la sal! ¡Aguas de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco!

Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron desde la remota Parima, de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acaban de brotar allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas, y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza, ya próximo al mar inevitable el Orinoco se ensimisma en los anchos remansos de las bolinas del Delta para arreglar sus cuentas confusas, pues junto con las propias, que ya no eran muy limpias, trae revueltas las que le rindieron los ríos que fue encontrando a su paso. Rojas cuentas del Atabapo, como la sangre de los caucheros asesinados en sus riberas; turbias aguas del Caura, como las cuentas de los serrapieros, a fin de

que fuese riqueza de los fuertes el trabajo de los débiles por pobres y desamparados; negras y feas del Cunucunuma, que no es el único que así las entrega; verdes del Ventuari y del Inírida que se las rindió el Guaviare; revueltas del Meta y del Apure, color de la piel del león; azules del Caroní, que ya había expiado sus culpas en los tumbos de los saltos y con las desgarraduras de los rápidos... Todas estaban allí cavilosas.

Ya declinaba la tarde. Detrás de las costas del río, las hondas lejanías de las tierras llanas, las profundas perspectivas de las tierras montuosas, sin humos de hogares ni tajos de caminos, vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros; arriba, la mágica decoración de la puesta de sol: celajes de oro y lagos de sangre y lluvias de fuego por entre grandes nubarrones sombríos, y bajo la pompa dramática de estos fulgores en aquellos desiertos, ancho, majestuoso, resplandeciente. ¡Orinoco pleno, Orinoco grande!

(Pórtico. Canaima.)

CARONI

Y así iba, cabalgando ensimismado, cuando lo sorprendió, ya pasado el mediodía, la brusca aparición de uno de los espectáculos predilectos de su espíritu.

Azul, de un azul profundo que hacía blanco el del cielo, hermoso entre todos los ríos y con escarceos marinos del viento contra la corriente, el Caroní arrastraba el resonante caudal de sus aguas entre anchas playas de blancas arenas y aquél que tanto sabía acerca de los grandes ríos de Guayana y con las más ardientes imágenes se los tenía representados, no como simples cursos de agua sino cual seres dotados de una vida misteriosa, aunque ya algo de éste había visto, no pudo menos que detener bruscamente la bestia, exclamando:

—¡Caroní! ¡Caroní! ¡Así tenía que ser el río de los diamantes!

(Por el Camino y Ante la Vida. Canaima.)

* * *

Uracapay, Macagua, Picapica, Resbaloso, Cachamay, Bagre Flaco, La Boquita, El Ure, los nueve despeña-

deros por donde se precipitaba el hermoso río, ya en el término de su curso, eran una escala de cíclopes entre escarpados farallones de roca negra y bruñida por la lengua de las aguas.

Bramaban éstas empenachándose de espumas en las angostas gargantas de las chorreras, se encrespaban embravecidas contra los riscos del raudal, se curvaban transparentes y se retorcían en blancos torbellinos estruendosos al despeñarse por los saltos, se arremansaban un momento al pie de ellos recuperando la intensa coloración azul, se lanzaban otra vez por los rápidos, giraban rugientes en los pailones y de chorrera en chorrera y catarata en catarata estremecían el vasto silencio de las soledades circundantes con el clamor rabioso de sus enormes potencias perdidas.

El paseo vespertino, sosegado, por la ribera del Caroní. Ancha playa de limpias arenas, rocas negras de caprichosas formas labradas por la constancia del agua semejantes a mineral de hierro, vegetación de carutos y guayabos rebalseros, palotudos, con las raíces al aire, negros también los troncos, colinas distantes hacia la margen izquierda, de líneas reposadas bajo la serenidad de la tarde, un picacho lejano coronado de riscos desnudos y lívidos, cejas de nubes plomizas, brasas de arrabales o claros lampos en barras y aquel prodigioso color del río, azul profundo, morado vibrante y a veces negro intenso. Una pareja de guacamayos escarlata nunca faltaba para romper la armonía de los colores adustos y con ásperos rajeos al vuelo la dulzura del vesperal silencio.

(Remansos y Torrentes. Canaima.)

Pero luego empezó a sentir que la grandeza estaba en la infinitud, en la repetición obsesionante de un motivo único al parecer. ¡Arboles, árboles, árboles! Una sola bóveda verde entre miriadas de columnas afelpadas de musgos, tiñosas de líquenes, cubiertas de parásitas y trepadoras, trenzadas y estranguladas por bejucos tan gruesos como troncos de árboles. ¡Barreras de árboles, murallas de árboles, macizos de árboles! Siglos perennes desde la raíz hasta los copos, fuerzas descomunales en la absoluta inmovilidad aparente, torrente de savia corriendo en silencio. Verdes abismos callados. Bejucos, marañas... ¡Arboles! ¡Arboles!

¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles!... las penosas jornadas a pie por los trajines de las manadas de dantas salvajes que corren hendiendo y derribando el monte cuando han venteado al tigre; por las trochas del indio, en las cuales persiste durante días la pestilencia de las grasas con que se embadurnan sus cuerpos para defenderse de picaduras de insectos o mordeduras de serpientes; por las picas que es menester ir abriendo, machete en mano, cuando se tira un rumbo a cortar la selva que ya ha sido explorada y trabajada por el cauchero, bravías malezas revueltas, maraña intrincada.

Por la selva virgen, que es como un templo de millones de columnas, limpio de matojos el suelo hasta donde la fronda apretada no deja llegar los rayos solares, solemne y sumida en penumbra misteriosa, con profundas perspectivas alucinantes. Las jornadas de andar cabizbajo y callado ante la abrumadora belleza extraña del panorama, siempre igual y siempre imponente: verde sombrío y silencio, verde sombrío y lejano rumor de marejada. Del océano de cientos de leguas de selva tupida bajo el ala del viento que pasa sin penetrar en ella.

El infierno verde por donde los extraviados describen los círculos de la desesperación siguiendo sus propias huellas una y otra vez, escoltados por las larvas del terror ancestral, sin atreverse a mirarse unos a otros, hasta que de pronto resuena en el espantoso silencio, sin que ninguno la haya pronunciado, la palabra tremenda que desencadena la locura:

—¡Perdidos!

Y se rompe el círculo, cada cual buscando su rumbo, ya totalmente desligado del otro, bestia señera y delirante, hasta que vuelven a encontrarse en el mismo sitio donde se dispersaron, pero ya no se reconocen porque unos momentos han bastado para que el instinto desande camino de siglos.

¡Arboles! ¡Arboles! ¡Arboles!... La impresión primera y singularmente intranquilizadora de que en aquel mundo abismático, increada todavía la vida animal, no reinasen sino las fuerzas vegetales, sin trino de pájaro ni gruñido de bestia en el hondo silencio, porque la presencia del hombre, de ese monstruoso

acontecimiento que es la bestia vertical y parlante, esparce el recelo entre los pobladores del bosque. Y así transcurre el día y llega la noche.

La noche, que sobreviene de pronto, sin crepúsculo, entre las altas murallas de árboles que encajonan el río o el caño o en medio de las lindes circulares del bosque en torno al claro del campamento... Negros árboles hostiles que por momentos parecen ponerse en marcha sigilosa para cerrar aquel hueco que abrieron los hombres intrusos, a fin de que todo amanezca selva tupida otra vez.

Cruza una exhalación, grande como un bólido, por el río de estrellas que corre sobre el Guarampín, dejando una estela azulenca; se apaga en silencio por encima del mar tenebroso de la selva apretada. Se produce un murmullo entre el bosque negro, algo así como un bisbiseo de escuchas avanzadas en torno al intruso... Transcurre una pausa y luego, poco a poco, comienza a manifestarse la vida animal. Pasa el vuelo blando de una lechuza trompetera de impresionante graznido. Se oye el sonido peculiar, la u sibilante de la araña mona. Se alza de pronto el canto desvelado del tucuso montañero. Grita el obiudís. Se escucha el tropel de una manada de dantas que huyen del tigre. Continúan percibiéndose los mil rumores de la bestia noctámbula... Los ahoga el inmenso gemido de la caída de un árbol, a leguas de distancia, y cuando se cierran los negros abismos del eco, toda la selva vuelve a quedar en silencio... Ahora un silencio extraño, que produce angustia, absoluto y profundo para los oídos de los hombres intrusos.

Pero los indios, de sutilísimos sentidos expertos en la comprensión de aquel mundo, cuando sobrevienen estos repentinos enmudecimientos totales prestan atención expectante.

—¡Canaima!

El maligno, la sombría divinidad de los guaicas y maquiritares, el dios frenético, principio del mal y causa de todos los males, que le disputa el mando a Cajuña el bueno. Lo demoníaco sin forma determinada y capaz de adoptar cualquier apariencia, viejo Ahrimán redivivo en América.

Es él quien ahuyenta las manadas de dantas que corren arrollándolo y destrozándolo todo a su paso, quien enciende de cólera los ojos como ascuas de la araña-mona, excita la furia ponzoñosa del cangasapo, del veinticuatro y de la cuaima del veneno veloz, azuza el celo agresivo y el hambre sanguinaria de las fieras, derriba de un soplo los árboles inmensos, el más alevoso de todos los peligros de la selva y desencadena en el corazón del hombre la tempestad de los elementos infrahumanos.

(Canaima. Canaima.)

INVIERNO

¿Los días de lluvia? . . . De lluvia continua que con rumor perenne se deshacía en el alto ramaje intrincado y se deslizaba por los troncos de los árboles y penetraba en el bosque cual niebla sutilísima, emparamando la carne, adoloreciendo los tuétanos y filtrando en el espíritu la humedad viscosa de la melancolía. Los días de lluvia que en la selva suelen ser semanas enteras y meses tras meses.

(El Mal de la Selva. Canaima.)

TORMENTA

Algo extraño flotaba, en efecto, dentro del bosque mudo, una claridad inusitada, fosforescente y casi al mismo tiempo sombría, que hacía brillar de una manera singular el verde tierno de los matojos que bordeaban la vereda y ésta se abismaba a lo lejos en perspectivas alucinantes. Era absoluta la ausencia de vida animal por todo aquello y de tal circunstancia provenía la impresión habitual en Marcos Vargas, que ya se había apoderado de su espíritu: la impresión de que por momentos iba a aparecerse ante su vista, brotado de la soledad misma, en la sugestiva lejanía, algún ser inédito, algo menos o algo más que un hombre, espíritu de la selva encarnado en forma inimaginable, obra de las formidables potencias que aún no habían agotado la serie de las criaturas posibles. Esto le había acontecido siempre, especialmente las tardes de los domingos, ante cualquier paisaje; pero ahora la aberración, en el fondo de la cual tal vez repercutiera alguna infantil emoción religiosa, además de hallar la mente propicia se originaba de causas en cierto modo objetivas: en aquella bochornosa quietud

sentíase la presencia de fuerzas descomunales a punto de desatarse.

Aumentaba la palidez de los árboles y ya se estremecían todas sus hojas sin que aún se moviese el aire. La pequeña cosa lejana, el sordo mugido de los abismos del silencio, se estaba convirtiendo en fragorosa inmensidad y se acercaba por instantes... Pero todavía quedaba silencio bajo la fronda angustiada, un silencio cada vez más denso, de zozobra contenida, mientras aquello avanzaba cercándolo y apretándolo.

Lo fundió todo y de golpe el estallido de un rayo, simultáneos el relámpago deslumbrante y el trueno ensordecedor. Vacilaron las innumerables columnas, crujieron las verdes cúpulas, se arremolinaron las lívidas tinieblas, se unieron arriba los bordes del huracán desmelenando la sombra intrincada y la vertiginosa espiral penetró en el bosque, levantó una tromba de hojas secas, giró en derredor del hombre desnudo, silbando, aullando, ululando y luego se rompió en cien pequeños remolinos que se dispersaron en todas direcciones. Y se desgajó el chubasco fragoroso.

¡El agua! Resonaba sobre el alto follaje el estrépito de las mangas copiosas que se perseguían y se revolvían de pronto unas contra otras por los opuestos caminos del viento, doblegando la fronda trenzada. Tamborileaba sobre la mullida hojarasca, chorreaba por el tronco del árbol, corría hacia los bajumbales, hinchaba los cangilones, se precipitaba por las torrenteras, bramaba ya en las cañadas, azotaba recia y caliente el cuerpo del hombre desnudo.

—¡Qué hubo! ¿Se es o no se es?

El Marcos Vargas del grito alardoso ante el peligro, del corazón enardecido ante la fuerza soberana, otra vez como antes gozoso y confiado.

¡El viento! El huracán bramoroso que barría la fronda desgajando las ramas, la inmensa guarura del ululato entre el cordaje de los bejucos, el silbido estridente en el filo de la hoja, el bufido impetuoso contra el matojo rastrero, el alarido de espanto que estrangulaba la garganta del barranco, la carrera loca y ciega y torpe, la salida buscada y no hallada, la revuelta furiosa, la tromba otra vez... Trinca la garra en torno al árbol, lo sacude con furia implacable, le parte la raíz soterrada, lo arranca de cuajo y lo da contra el resonante suelo... Y el vuelco sofocante del resuello del mundo encolerizado dentro de los pulmones del hombre de la cabeza erguida.

—¡Qué hubo!

Y continuaba avanzando, al huracán prestada la cabellera flameante.

¡El rayo! La grieta fulgurante del cielo a través de la fronda desgarrada, el zigzagueo del haz que revienta en el puño de la ira y se esparce inflamando el espacio anchuroso. El restallar tableteante de la centella que hiende el árbol desde la copa hasta la raíz, la siembra del fuego en la tierra que el fluido cegante cava y perfora, el aleteo gigantesco del relámpago esplendoroso, el tremendo fulgor instantáneo que se funde con otro y con otro y se prolonga vibrante. Y la pupila del hombre temerario abierta ante el elemento alardoso.

¡El agua y el viento y el rayo y la selva! Alaridos, bramidos, ululatos, el ronco rugido, el estruendo re-

vuelto. Las montañas de trueno retumbante desmoronándose en los abismos de la noche repentina, el relámpago magnífico, la racha enloquecida, el chubasco estrepitoso, el suelo estremecido por la caída del gigante de la selva, la inmensa selva lívida allí mismo sorbida por la tiniebla compacta y el pequeño corazón del hombre, sereno ante las furias trenzadas.

—¿Se es o no se es?

Ululatos, estallidos, estampidos. Empalidecía rugiente la enorme bestia negra al restallar el látigo fulgurante que le azotaba los flancos. La selva alevosa que mató a Encarnación Damesano en la hora mejor de su alma, la selva embrujadora que había puesto el arma filuda en la diestra del hombre acosado para que se mutilara. ¡Cómo resplandecía ahora el arma blandida por el brazo vengador de la tormenta!... Así la había castigado él, no a los hombres de la tarimba solitaria, sino al espíritu de la selva perdicionera que se había apoderado de ellos... Gemidos, crujidos, el relámpago imponente, el viento bramador.

Vaciló el tronco de un palodehacha, que estuvo cien años creciendo para asomarse, otros cientos, por encima de las copas más altas, haz de columnas trenzadas por recios bejucos. Cayó con formidable estruendo...

Frente a ellos, en un claro del bosque barrido por la tormenta, se alzaba señero un caracalí. Un árbol soberbio, robusto, frondoso, erguido, hechura de sol pleno, con ancha y honda tierra en torno para sus raíces.

Era allí el centro de la tormenta, la presa más codiciable que se disputaban los elementos desencade-

nados. Una tras otra las copiosas mangas de agua reventaban contra aquella selva de ramas vigorosas, el huracán lo cercaba retorciéndoselas, pero en el robusto cuello fracasaba el esfuerzo de la garra trincada y el relámpago iluminaba la lucha titánica. Se debatía el gigante desmelenado, bramaba comunicándole al suelo el temblor de su cólera. El rayo se le acercaba por momentos, pero no se atrevía a fulminarlo. Era hermosa aquella criatura predilecta de la tierra y ante la soberana belleza el tajo de la espada flamígera se convertía todo en luz para hacerla resplandecer. Fue recia y larga la lucha y en ella se fatigaron los elementos.

Ya amainaban las furias. Los rayos comenzaban a ser menos frecuentes y entre el relámpago y el trueno había ya intervalos cada vez más largos. Cedía la violencia de la lluvia, menos impetuosa y más distanciadas las mangas que se deshacían contra el follaje del caracalí y el huracán había encontrado por fin un camino y por allí empezaba a retirarse, satisfecho del estrago causado, inclinando toda la fronda bajo su paso.

(Tormenta. Canaima.)

COQUIVACOA

EL LAGO

Un trozo de luna, curvo y todavía sin brillo, descendía hacia el poniente caliginoso; a intervalos soplaba sobre el médano el respiro caliente de la tierra y entonces se escuchaba en el fondo del silencio nocturno el lejano bramido del mar.

(Diálogo sobre el Médano. Sobre la Misma Tierra.)

* * *

En efecto, densos nubarrones empujados por un viento veloz, que aún no soplaba sobre el lago, comenzaban a ocultar la luna ya cercana al horizonte y al ras de éste una mancha plomiza, nudo de los temporales reinantes en aquella región, venía extendiéndose y ennegreciéndose, a tiempo que el relámpago del Catatumbo, fulgor de muda tormenta perenne, se hacía más intenso y más frecuente.

Ya comenzaban a encresparse, en realidad, los marullos del lago y al resplandor intermitente del relámpago se divisaban, más y más cercanos, los peligrosos varaderos de los palos del río.

(La Temeraria Travesía. Sobre la Misma Tierra.)

MENE

En principio fue el mene... Brotaba de las grietas de las hondonadas, fundido por el calor solar acumulado en el subsuelo y al contacto con el aire más fresco adquiría consistencia bituminosa. Los vecinos de la región lo recogían y lo amansaban para "sacarse los resfriados", aplicándoselo a los pies en plantillas de efectos revulsivos y los pescadores de las riberas del lago lo empleaban en el calafateo de sus embarcaciones. Pero en las charcas iridiscentes que se formaban en las depresiones de los terrenos, cuando las aguas de las lluvias habían corrido sobre aquellos menitos, flotaba ya el espíritu del aceite magnífico y tremendo.

(El Estupendo Hallazgo. Sobre la Misma Tierra.)

EL VIEJO MALECON

Piraguas fondeadas frente al malecón. Respira sin afanes soplos de brisa mañanera el pulmón de la vela oreándose al sol y cabecean suavemente los mástiles trasnochados por el brisote, con el murmullo de la borda amenazando la carga.

Pero la trajeron completa y todavía la muestran y la mecen, aunque ya el malecón está completamente cubierto con la que fue desembarcada: maduros guineos de Santa Bárbara, de Encontrados, de Garcitas, de Ceuta . . .

(El Extraño Caso. Sobre la Misma Tierra.)

CAMPOS PETROLEROS

Atravesaban de nuevo los campos poblados de torres que le imprimían al paisaje una belleza nueva, un sentido magnífico de esfuerzo humano, poderoso y concertado: los patios de tanques donde se depositaba la riqueza ya extraída del subsuelo; los espacios rumorosos por donde la carretera pasaba frente a los edificios de plantas eléctricas y de talleres, de donde salían largas filas de obreros que ya habían concluido su jornada; las floridas parcelas de mansiones de altos empleados, pintadas de blanco, con techos rojos o verdes, rodeadas de prados y jardines donde jugaban felices niños rubios; las parcelas modestas de viviendas de obreros criollos, que ya regresaban a ellas en silenciosos grupos o de ellas iban saliendo para dirigirse al trabajo en el turno de la noche, donde la faena requería jornada continua. El espectáculo de una fuerza pujante desarrollada en un vasto espacio, todo envuelto además en la serena hermosura de la caída de la tarde, entre suntuosos árboles de oros calientes.

(La Canción de Arizona. Sobre la Misma Tierra.)

CARBON CREPUSCULAR

Ya estaban llegando al extremo de la avenida, que terminaba en una plazoleta con barandal de cemento sobre la ribera del lago y en silencio recorrieron el trayecto que los separaba de ésta, en cuyo parapeto apoyaron los brazos para la contemplación del feo atardecer sofocante que ya comenzaba a hundirse en la noche.

La superficie del lago sin brisa era una lámina de plomo bruñida, en la cual se reflejaban las luces rojas de un hidroavión fondeado en el aeropuerto cercano, más allá del cual se dibujaban sobre el cielo triste las siluetas negras e inmóviles de unos cocoteros y de los juncos ribereños que se extendían por delante de la baranda de la plazuela, se alzaba un ronco croar de sapos dentro del caliente aguazal.

(Era una Tarde Fea. Sobre la Misma Tierra.)

POBLACIONES DEL LAGO

San Rafael de Mara, llamado también El Moján, con sus techos rosados entre sus verdes cocales ya estaba pintando su tierna acuarela, todavía sin azul de cielo ni brillos de sol, junto a su lago sereno.

Por encima de Sabaneta de Montiel, en la ribera opuesta, no muy distante, nubecitas rosadas componían la cándida decoración del alba. La pedregosa isla de Toas estaba arrebujada todavía entre nieblas sutiles que descansaban sobre las aguas; pero ya a éstas les había madrugado un pescador, con su vela cuadrada tendida al respiro pausado del lago dormilón.

(La Herencia del Derrochador. Sobre la Misma Tierra.)

* * *

Brazo del río Limón, más allá del cual comienza la Guajira. La barcaza surca las aguas verdes y en las riberas se aprieta la selva de manglares.

Reflejos de troncos secos y de fronda tierna, una línea oscura apenas la transición del árbol a su copia dentro del agua. Caños verdes y serenos por entre la

verde profundidad del manglar, helechos gigantes tramando ya la selva tupida donde la tierra emerge del anegadizo, riberas cubiertas de lirios azules, bejucos florecidos de campánulas multicolores trenzando los árboles de diversas especies que ya se empinan dentro de la espesura. Lanza su canto bonito el santocristo negro y rojo y dos guacamayas agitan entre el verde silencio el banderín del escándalo, azul y escarlata.

(La Vuelta a la Tierra. Sobre la Misma Tierra.)

* * *

Reemprendieron la marcha, al principio por un camino ancho entre brazos de manglares tupidos y frondosos y luego a través de una llanura despejada, arenosa, blanca, en torno a la cual inmensos cúmulos de nubes resplandecientes amurallaban el ruedo del horizonte, por detrás de los negros cardonales. Y Remota Montiel, aunque era primera vez que pasaba por aquellos lugares, recobró la penosa emoción de su tierra guajira; arena salada, cardón sin ternura.

Sinamaica blanca, luminosa, encendida de calor y alfombrada de arenas, graciosa y sencilla bajo su cielo azul —alto cielo inmenso por encima de las cosas pequeñitas— trájole, en cambio, dulces recuerdos de la infancia, cuando por las fiestas de San Bartolomé venía con las tías entre la muchedumbre guajira... Caravanas interminables desde todos los caseríos de la península: en burros las mujeres y las niñas; a caballo los hombres pudientes, los orgullosos *alaglas* de las

castas; a pie los demás, viejos, jóvenes, muchachos. Todos contentos, todos de prisa, porque San Bartolomé a nadie quizás le importaría mucho, pero sí la fiesta en la gran plaza frente a la iglesita. Cohetes en el aire, canciones guajiras al son del *masi* y del *tótoro-yojoin,* bailes...

(La Vuelta a la Tierra. Sobre la Misma Tierra.)

* * *

Llegaron a Puerto del Caño, donde cambiarían de sistema de locomoción. Un tinglado de zinc a orillas de un brazo de agua dormida que se comunicaba con la Laguna de Sinamaica. Embarcaron en una de las canoas a motor que allí estaban amarradas y ésta comenzó a deslizarse caño abajo, a palanca, hasta donde hubiese fondo que permitiera el funcionamiento de la hélice.

Angosto, turbio, entre manglares cuyas raíces sobresalían del agua, intrincado bosque salvaje a ambas márgenes, el caño atravesaba tierras pantanosas y por encima de él se entrelazaban los árboles haciéndole toldo de espeso follaje impenetrable por los rayos del sol. Pero más adelante comenzaron a extenderse alegres praderas donde pacía ganado numeroso, con vertederos de cangilones de drenaje a trechos y el doctor Viñas explicó:

—Tierras recién conquistadas al pantano que era todo esto. Seguramente podría hacerse lo mismo con el Gran Eneal, en beneficio de la Guajira, donde el

verano diezma todos los años el ganado, única riqueza del indio.

Ya el caño desembocaba en la Laguna de Sinamaica, sobre cuyas aguas se alzaban, reflejándose en ellas pintorescas agrupaciones de chozas de enea sobre "planchadas" de tablones sostenidas por estacas de botoncillo, con pasarelas entre unas y otras para el tránsito del vecindario.

Cúmulos de nubes, de bordes brillantes, se alzaban en torno a la laguna y sobre ésta flotaban balsas de vegetación arrastrada por el caño del río que en ella desemboca, y la serenidad de las aguas, dentro de las cuales reposaban los reflejos de aquélla y de los caseríos lacustres —sin tránsito ni bullicio de población, toda dentro de las casas— contribuía a imprimirle a aquel espectáculo un aspecto apacible de olvidado rincón del mundo para el cual no hubiera corrido el tiempo.

Y el doctor Viñas concluyó:

Venezuela naciendo todavía.

(Un Espectáculo Antiguo. Sobre la Misma Tierra.)

PENINSULA DE ARENA

Ya se dilataba ante su vista, bajo el sol del mediodía, la desierta llanura guajireña, blanca, salitrosa, desolada... como una inmensa avenida que de pronto se hubiese quedado solitaria, a la manera de aquella de la populosa ciudad en la absurda pesadilla. Pero esta vez sería desde su extremo distante, hacia donde ahora avanzaba ella, que podría observarse marcha atrás.

Soplaba el viento recio, reinaba la implacable sequía y por aquí y por allá se cernían en el cielo azul calcinado, bandadas de zamuros dispuestos a precipitarse sobre las reses que ya agonizaban sobre la arena salada.

Ya se alzaban ante su vista los resplandecientes médanos de Alitasía, bañados de sol, al pie de los cuales apenas se veían los negros extremos de los horcones de yotojoro que habían sostenido las casas y la enramada donde nació y transcurrió su infancia.

Pensó detenerse allí para contemplar de cerca los vestigios de aquel viejo asiento de su familia, en uno de los lugares más pintorescos de la región, donde por la época de las lluvias se formaba una laguna a cuyas orillas acudía a beber el ganado numeroso y cuyos

árboles vecinos se llenaban de pájaros que con sus cantos saludaban la alegría del amanecer y luego despedían la dulzura de las tardes sobre Flor del Taparo.

(Anshi Pia. Sobre la Misma Tierra.)

DONCELLA SOLAR

Avanzó por el cardonal hacia el naciente, donde tras la ceja de un montículo desnudo, de vegetación, se alzaban por entre las nubes tenues, como trompetas vibrantes enderezadas por el claro anuncio del día, tres haces de destellos dorados.

Apresuró el paso al encuentro del acontecimiento magnífico en campo despejado y el sol violento le encandiló los ojos y la hizo detenerse, mientras le convertía el blanco duende del alba en estatua de oro, ya en la linde del cardonal.

(La Ira en el Amanecer. Sobre la Misma Tierra.)

* * *

Ahora estaba otra vez sobre el médano, de espaldas a la puesta de sol. Descansaba de la fatigante ascensión al monte de arenas y mientras acompasaba el respiro afanoso, contemplaba la profunda melancolía del paisaje que se extendía ante su vista: el yermo empinado y ondulante, con caprichosos dibujos del viento en la blanca superficie de colinas y hondonadas; algunos

árboles que todavía lograban alimentar verdes copas entre el arenal en que se hundían sus troncos; huellas que hacían pensar en marchas de angustia por cumbres y cañadas silenciosas; lejanías tenues al esfumino azul de profundidad marina. La callada desolación de las arenas bajo las cuales, tal vez, estaba condenada a desaparecer la Guajira.

(También Allí. Sobre la Misma Tierra.)

RELAMPAGO

El aleteo angustioso del resplandor del "Faro del Catatumbo", que se producía alternativamente en dos puntos del cielo, cercanos al horizonte entre negros nubarrones, no le daba descanso a la noche sobre el lago y era un espectáculo imponente el de aquella inagotable ira silenciosa, resto acaso de las tremendas cóleras cósmicas que produjeron la formación de la Tierra.

(Noche de Contradicciones. Sobre la Misma Tierra)

ESTAMPA LACUSTRE

Y comenzó a amanecer cuando ya se acercaban al término de la línea de balizas.

Luces en los ranchos de enea del caserío lacustre, plantado sobre estacas; claridad cernida a través del nublado; llovizna sutil en receso de viento y un canto de guacamayas que comenzaban a volar.

Balsas esparcidas en la entrada angosta, ciénagas tierra adentro, a una y otra ribera. Balsas floridas que mecían el impulso de la piragua cautelosa. El agua amarilla del río no se había quitado todavía la estela de la otra embarcación y ya venía "La Arrepentida" sacudiéndole otra vez sus jardines flotantes.

Tierra feraz, jugosa verdura, el junco del pantano peinado por la brisa y la selva inviolada, parada allá en el fondo su vanguardia recelosa: sus indiodesnudos, sus ceibas copadas, sus larvas gigantes. Custodian la fiebre del pantano para contener al intruso y preparar el veneno de sus guayacanes para las mordeduras mortales. No son solamente las márgenes del Juan Manuel las que mejor crían la brava serpiente.

Pero el hombre ya ha sembrado el platanal que allí está sosteniendo sus racimos bien nutridos. Ahora tam-

bién hay plantaciones de cacao, en espacios conquistados a la selva; pero ésta les monta la guardia de la acechanza, entreteniendo al sembrador con el halago de los aceites de sus copaibas, cabimas, carañas y tacamahacas y la silvestre leche de sus vacajoscas, para que se descuide y se deje arrebatar lo que a su vez le arrebató a ella.

(La Voluntariosa. Sobre la Misma Tierra)

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

Se ofrecen en orden alfabético los títulos citados por el compilador, Juan Liscano, de los cuentos y novelas escritas por don Rómulo Gallegos y los cuales han servido para testimoniar la presente selección temática, *"La geografía venezolana en la obra de Rómulo Gallegos"*, publicada por el Ministerio de Educación (Dirección General; Departamento de Publicaciones), en Caracas, año de 1970, con un excelente aporte gráfico que en esta segunda reimpresión no ha sido posible incluir.

Agregamos estas *Fuentes bibliográficas* para el lector y público general, destinadas a informar el origen de los cuentos e indicando algunas de las ediciones donde fueron recogidos, así como fijando primeras versiones y nuevas reediciones, modernas y accesibles para su constatación o ampliación como consecuencia de este constructivo viaje por el país siguiendo las palabras mágicas del autor. *(Nota del Editor).*

El apoyo. cuento. Publicado por primera vez en la revista *El Cojo Ilustrado*. Caracas, el 1º de octubre de 1911. Incluido en el volumen *Los aventureros* (1913).

Los aventureros. Cuentos escritos por Rómulo Gallegos. Caracas, Imprenta Bolívar, 1913, 160 p.

Canaima, novela. Barcelona [España], Editorial Araluce, 1935, 406 p.

Canaima. Estudio preliminar por Domingo Miliani. Caracas, Monte Avila Editores, 1976, 333 p.

Cantaclaro. Barcelona [España], Editorial Araluce, 1934, 365 p.

Cantaclaro. Caracas, INCIBA, 1970, 286 p. (Grandes Autores Venezolanos).

Doña Bárbara. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, 380 p. Con prólogo de Juan Liscano; edición, cronología y notas de Efraín Subero.

La encrucijada, cuento. Publicado por primera vez en la revista *Actualidades,* Caracas, el 30 de marzo de 1919. Incluido en el volumen *La doncella. El último patriota* (México, 1957).

Estrellas en el barranco, cuento. Incluido por primera vez en el volumen *Los aventureros* (1913).

El forastero. Caracas, Editorial Elite, 1942, 289 p.

Marina, cuento. Publicado por primera vez en la revista *Actualidades,* Caracas, el 11 de mayo de 1919. Incluido en *La rebelión y otros cuentos* (Caracas, 1946).

El milagro del año, cuento. Publicado por primera vez en el volumen *Los aventureros* (1913).

Paz en las alturas, cuento. Publicado por primera vez en la revista *Actualidades,* Caracas, el 18 de mayo de 1919. Incluido en *La rebelión y otros cuentos* (Caracas, 1946).

Pegujal, cuento. Publicado por primera vez en la revista *Actualidades,* Caracas, el 20 de abril de 1919. Incluido en *La rebelión y otros cuentos* (Caracas, 1946).

Pobre negro. Barcelona [España], Editorial Araluce, 1940, 382 p.

La rebelión y otros cuentos. Caracas, Librería y Editorial del Maestro, 1946, 293 p.

Reinaldo Solar. Caracas, Monte Avila Editores, 1972, 229 p. (Biblioteca Popular Eldorado).

Las rosas, cuento. Véase: *Sol de antaño.*

Sobre la misma tierra. Caracas, Editorial Elite, 1943, 249 p.

Sol de antaño, cuento. Con el título de *Las rosas,* se publicó por primera vez en *El Cojo Ilustrado,* Caracas, el 1º de enero de 1910. Incluido en el volumen *Los aventureros* (1913).

La trepadora. Caracas, Editorial Dimensiones, 1979, 310 p.

El último patriota, cuentos. México, Editorial Montobar, 1957, 224 p. En el mismo volumen: *La doncella,* drama.

El último Solar. Caracas, Imprenta Bolívar, 1920, 299 p. Véase: *Reinaldo Solar.*

Una aberración curiosa, cuento. Publicado por primera vez en la revista *El Cojo Ilustrado,* Caracas, el 15 de octubre de 1910. Incluido en el volumen *El último patriota* (México, 1957).

INDICE